

Democratización



Año 4, Número 18

Miguel Otero Silva: Escribir y leer
desde y sobre una dictadura

Grisel Guerra de Avellaneda

La hora de la representación real

Paola Bautista de Alemán

Lleva tu pedacito de ágora

Rafael Osío Cabrices

La cultura como marca fundamental
de lo humano

Ana Teresa Torres

Contar la vasta dimensión
de nuestra tragedia

Héctor Torres

Ricardo del Búfalo: "La cultura debe
interpelar a la sociedad"

Paola Bautista de Alemán

Democratización

Marzo 2022

Año 4, Número 18

Miguel Otero Silva: Escribir y leer desde
y sobre una dictadura

Grisel Guerra de Avellaneda

La hora de la representación real

Paola Bautista de Alemán

Lleva tu pedacito de ágora

Rafael Osío Cabrices

La cultura como marca fundamental
de lo humano

Ana Teresa Torres

Contar la vasta dimensión de nuestra
tragedia

Héctor Torres

Ricardo del Búfalo: "La cultura debe
interpelar a la sociedad"

Paola Bautista de Alemán

Caracas.

Editado por Instituto FORMA

Miguel Otero Silva: Escribir y leer desde y sobre una dictadura

Grisel Guerra de Avellaneda

Dice el profesor Rafael Tomás Caldera que hablar de Rómulo Gallegos es “necesariamente hablar de Venezuela”¹, característica que comparte con autores como Teresa de la Parra, Arturo Uslar Pietri y Mariano Picón Salas. Porque aunque no se pueda decir con rigor científico, nuestra literatura, tan “realista”, en tanto nuestros autores comparten una sincera e ineludible preocupación por la realidad, nos muestra quiénes somos. Cualquier lector desprevenido bien podría decir que en cada una descubrimos y reconocemos el alma de nuestro pueblo.

Los intelectuales y artistas del continente, durante el siglo XX, generalmente reunidos en un variopinto grupo de actores políticos, concentraron sus intereses en el devenir histórico de una realidad que se evidenciaba viva y cambiante. Los americanos vieron y vivieron la historia de su continente en primera fila, y escribieron, pintaron, cantaron y produjeron ideas alrededor de ello.

En el caso de Venezuela, es una idea generalizada y aceptada que nuestra literatura responde a esa preocupación. El crítico Juan Liscano hace ver que, independientemente de la tendencia

1 Rafael Tomás Caldera, *En busca de nuestra expresión* (Caracas: Centauro, 2006), 39.

literaria a la que se adscribe tal o cual escritor, o que caracteriza su producción, es una constante en la literatura venezolana la mirada fija en el proceso histórico por el que atraviesa el país en el momento particular del literato.

Este realismo fue naturalista, satírico, con Pocaterra; luego idealista con Gallegos; intimista con Teresa de la Parra; vanguardista con la gente del 28; subjetivista con los narradores actuales. En ningún momento nuestra literatura se desvinculó del medio ambiente, si bien dejó de ser reformista, idealista y paisajista².

Esta permanente atención a la realidad³, que no deja de lado necesariamente el cuento y la novela fantástica ni los primeros pasos del realismo mágico, apunta sobre todo a un modo de ser que tiende a estar preocupado por la venezolanidad. Sobre todo si se tiene en cuenta el momento histórico del fin de las dictaduras, o la inminente explotación petrolera y la consecuente modernización. No ha habido una década en la historia de Venezuela en la que no haya tema suficiente para despertar la atención de escritores genuinamente interesados por su país:

La preocupación por el acontecer social ha sido una constante en la literatura venezolana contemporánea. Lejos de plantear temas relacionados con la problemática individual, la novela de los 30 estuvo dirigida hacia el cuestionamiento de los valores nacidos de una sociedad rural, que progresivamente se veía forzada a modificar sus patrones debido, entre otros motivos, al auge de la explotación petrolera, que había traído consigo un acelerado proceso de modernización. Pero,

2 Juan Liscano, *Panorama de la literatura venezolana actual* (Caracas: Publicaciones españolas, 1973), 35.

3 Esta preocupación por la realidad es calificada por Liscano como "realismo" pero no se corresponde con la estética realista.

por otra parte, la preocupación por los problemas sociales se expresa también en el cuestionamiento político que enfrenta al gomecismo y se hace abiertamente crítico a partir de 1930⁴.

Esto se hace mucho más evidente en el siglo XX, porque los vertiginosos cambios traen consecuencias inmediatas en todos los ámbitos de la construcción nacional. El fin de la economía agraria, la caída de los gobiernos militares y/o militaristas –como los de Juan Vicente Gómez y, años más tarde, de Marcos Pérez Jiménez–, la instalación de la democracia, la participación política, el crecimiento de la población urbana, la creación de nuevas ciudades y la muerte inesperada de las antiguas poblaciones (al estilo de Comala). Tal cantidad de cosas sucedidas dentro del mismo siglo, en un país cuya literatura es empecinadamente observadora de lo real, explica los innumerables modos de periodizar la producción cultural de la época⁵.

En la primera parte del siglo XX el cambio es determinante: se salta de golpe del esquema económico rural y agrario a uno liberal, pautado por el ritmo del crecimiento petrolero; se establecen las bases para cambiar la costumbre del gobierno paternalista y de caudillo, a una democracia institucionalizada –que se vería amenazada posteriormente por la dictadura perezjimenista y su doctrina del Nuevo Ideal Nacional–. Esta brusca transformación

4 Montero, *La crítica social en la novela venezolana contemporánea (1936-1939)* (Caracas: Tesis de maestría no publicada. USB, 1994), 58.

5 Juan Liscano, por ejemplo, sugiere tres periodos: “uno de inquietud soterrada y de ahogo que se extiende desde 1918 hasta 1928; otro de toma de conciencia revolucionaria que puede ser comprendido entre 1928 y 1958, y un tercero, hasta nuestros días, de acción, de activismo, de intentos de imponer soluciones extremas, de violenta disconformidad, de intransigencia literaria y política en los grupos más empeñados en destruir el sistema imperante” (*Panorama de...*, 13).

no puede sino impactar la cotidianidad del venezolano, y generar, como es lógico, una dinámica cultural alrededor de ello.

La respuesta nos la da el acontecimiento clave del siglo XX venezolano: la agricultura, que constituía la base material del sistema en crisis, ya se mostraba incapaz, como factor endógeno, de suministrar el ingreso necesario para financiar su propia transformación, lo cual explica la escasa movilidad del crecimiento en las dos primeras décadas. Por esta vía el país caminaba hacia la agudización de aquella crisis y hacia su estallido violento, cuando el petróleo vino a resolver el problema por arriba. Nadie, ni Gómez, contaba con el petróleo, que vino, como los guisantes mágicos del cuento, a resolver, por yuxtaposición, los problemas de productividad y de ingreso planteados por la agricultura pre capitalista⁶.

Esa conexión recurrente entre realidad y espacio textual, que pareciera ser signo de la literatura venezolana, y señal de proximidad con la del resto del continente, aún permanece en las más recientes producciones literarias venezolanas. Ya lo advierte de modo determinante Liscano cuando califica de “atormentada pero firme” la relación que se da entre la realidad social, histórica y geográfica con la de la ficción, que no se apoya tanto en la imaginación como en la propia realidad⁷.

En medio de este escenario de la literatura venezolana, podemos acercar la mirada a la figura de Miguel Otero Silva y concretamente a sus obras: *Casas Muertas* y *Oficina N°1*, a fin de identificar cómo a través de este discurso se plantea una denuncia no solo a los gobiernos dictatoriales de Juan Vicente Gómez y de

6 Orlando Araujo, *Narrativa venezolana contemporánea* (Caracas: Monte Ávila, 1988), 162.

7 Liscano, *Panorama...*, 30.

Marcos Pérez Jiménez, sino también a cómo marcaron el devenir del pueblo a través de sus personajes y sus espacios. En tal sentido, haremos primero un breve reconocimiento de cómo vivimos lo que llamamos la “modernidad petrolera”, luego, revisaremos brevemente el lugar de enunciación del autor y su desempeño como político y escritor –además de sus muchas otras facetas– y finalmente identificaremos en qué momentos concretos de las ficciones se deja ver la denuncia que se plantea a través del discurso.

1. La Venezuela moderna

El siglo XIX es en Venezuela, como en el resto del continente, el de la modernidad anunciada y no concretada. Pero este siglo es todavía más llamativo si se tiene en cuenta que es un período de dictaduras y revoluciones recurrentes. Se puede tomar la adaptación histórica que hace el profesor Guillermo Morón, al decir que el “siglo XIX de la modernidad” se da en Venezuela de 1830 a 1936.

El Estado venezolano, la nación venezolana, la república y el pueblo venezolano histórico actual, ya debidamente configurado, se conforma en ese período que tendría que haber sido el de la historia moderna. Pero en la práctica, en esos 105 años, desde la toma del poder de José Antonio Páez hasta la muerte de Juan Vicente Gómez, no hay modernidad. Sólo una vasta y áspera lucha por sobrevivir como Estado y como pueblo⁸.

Gómez gobierna directa e indirectamente al país por un lapso de 27 años; solo su muerte lo separa del poder. Construye un régimen sólido, soportado por la elite y la oligarquía caraqueña.

8 Guillermo Morón, *Breve historia contemporánea de Venezuela* (México: Fondo de Cultura Económica, 1994), 199.

Rodeado de intelectuales que permitieron darle un barniz legal a muchas de sus ejecutorias, al tiempo que justificaban su poder.

En estos años Venezuela sufre importantes transformaciones. Finaliza el caudillismo al imponerse él como único caudillo en un país que entiende como su hacienda. Se empiezan a construir vías de comunicación para que sus tropas puedan circular, lo que facilita la integración territorial. El surgimiento de Venezuela como país explotador de petróleo empieza a impulsar años más tarde un proceso de transformación de una economía agrícola y pecuaria a una en la que la energía será, a la postre, su gran soporte. Esto genera una migración del campo a la ciudad, en busca de mejores trabajos y condiciones de vida, lo que cambia las estructuras sociales del país. En este marco se ambientan las novelas de Miguel Otero Silva *Casas muertas* y *Oficina N° 1*.

Es un periodo de falsa paz, conseguida a través del miedo y la persecución; el silencio que un solo hombre impone a un país entero. La limitación de la libertad de expresión y de opinión y la represión obligan a muchos intelectuales a ir al exilio e impiden al país recibir la influencia del mundo y de las nuevas ideas. Es una etapa de retraso cultural y aislamiento para Venezuela, por lo que el progreso le queda muy lejos en un momento de grandes cambios en el mundo.

El gobierno de Gómez instala un sistema de represión que coarta la libertad de prensa y genera un número importante de presos políticos, además de hacer de la tortura su arma más eficaz para acallar voces rebeldes. Emerge la Generación del 28, y se planta en críticas contra la dictadura⁹. Miguel Otero Silva recrea

9 Destacan de esta generación Jóvito Villalba y Rómulo Betancourt –además de Miguel Otero Silva–, quienes luego se incorporarán activamente en la vida política del país. Betancourt como presidente y miembro fundador del partido Acción Democrática. Villalba como fundador del

las acciones de este grupo de activistas, al que perteneció, en su novela *Fiebre* (1940).

La dictadura de Gómez, véase por donde se vea, fue un momento largo y determinante de la historia reciente que estableció una serie de disparadores para lo que sería el desempeño posterior de la sociedad venezolana:

Parece como si toda la historia anterior hubiera preparado los elementos para que terminara Venezuela con esa montura de 27 años, clave en su destino pasado y clave en su destino futuro. Gómez termina un proceso de consolidación nacional, profundizando las raíces del país, pegando a su suelo todos los componentes sociológicos, claveteando en una sola mesa nacional todas las regiones, recogiendo en un solo curso la diversidad y la anarquía. La Venezuela que comenzó en 1830 llega, unificada, como dominada y sometida, a 1936. Y al mismo tiempo de esa unidad severa, de esa domesticación, de ese duro remache, surgió el nuevo destino contemporáneo¹⁰.

También se desarrolla durante estos años, gracias al trabajo inhumano de los presos –entre los que se hallan muchos opositores del régimen– parte de la red de carreteras que hoy –con ciertas mejoras– sigue comunicando todo el territorio nacional. A esto se hace referencia en el recorrido de alguno de los personajes de *Casas muertas y Oficina N° 1*.

Partido Unión Republicana Democrática y candidato a la presidencia en varias oportunidades.

¹⁰ Morón, *Breve historia...*, 227.

2. Miguel Otero Silva: un político prestado a las letras

Miguel Otero Silva nace el mismo año que Juan Vicente Gómez se instala en el poder e inicia la dictadura más larga de la historia de este país. Bajo este régimen vive los primeros veintisiete años de su vida. Tanto su abuelo materno como el paterno fueron activos críticos del gobierno de Cipriano Castro y de los demás políticos de la época, lo que les vale años en una prisión devastadora de la que salieron pronto a morir.

Miguel Otero Silva se muda a Caracas tras la muerte de su madre. Allí tiene contacto con la juventud de la generación del 28 y quienes serán la clase política de los años venideros. En 1925 ingresó a la UCV para estudiar Ingeniería, por exigencia familiar, pero muy consciente de su vocación literaria que ya se había manifestado en la escritura de poesías a los 14 años. Años después, Otero Silva declara que no ejercerá otro oficio que el de periodista y literato. A partir de entonces publica en la revista *Elite* y en los semanarios *Fantoches* y *Caricaturas*.

Su vida universitaria no lo convierte en el ingeniero que no quería ser, pero le da la ocasión para comprometerse con la política. En 1927, se hace parte de la Junta Directiva de la Federación de Estudiantes de Venezuela, que será el punto de partida para los sucesos de la Semana del Estudiante en 1928.

Otero Silva figura entre quienes se entregaron a las autoridades para solidarizarse con los líderes que caen presos después de la revuelta de la Semana del Estudiante. Esto le significa doce días de cárcel en el Castillo Libertador de Puerto Cabello, en el que se consolida aún más el grupo de jóvenes que asumirían la lucha contra la dictadura Gomecista.

Este contundente grupo de intelectuales, políticos, artistas, escritores, poetas y periodistas, son los mismos que construyen el campo cultural, al punto de que la novela, el ensayo, el cuento –como ya hemos sugerido– se produzca con los ojos siempre atentos al devenir histórico, a la realidad en la que viven activamente los escritores. Miguel Otero Silva es un excelente representante de esta condición: se hace periodista, escritor, humorista, y toda su obra viene determinada por su ideología política, por la denuncia ante gobiernos dictatoriales e injusticias sociales.

Después de un largo exilio y tras la muerte de Gómez, vuelve al país en 1936, ansioso “no a disfrutar de una libertad democrática que apenas asomaba hipócritamente con inmensas limitaciones, sino a poner a prueba lo que consideraba un modelo de redención de los males de su país”¹¹, para lo cual se ha formado a profundidad durante su estadía en Europa y Trinidad.

Como consecuencia de su consolidación como líder de izquierda, desde 1937, Otero Silva pasa a la clandestinidad y luego al exilio. Se consolida como escritor de ficción y poesía desde la profunda preocupación por una realidad injusta: “dos tendencias [que] rara vez estarán ausentes en su escritura: el carácter testimonial y el realismo social (que no es sinónimo, sino acaso un hermano bastardo de lo que el estalinismo llamó realismo socialista)”¹².

Para el autor, desarrollarse en la prosa o en la poesía son ocasiones para hacer llegar su ideología a la gente, él mismo lo dice en una misiva a su futura esposa María Teresa Castillo, recogida por Argenis Martínez: “para mí sería de mucha mayor impor-

11 Argenis Martínez, *Miguel Otero Silva* (Caracas: El Nacional, 2006), 50.

12 Manuel Caballero, «Miguel Otero Silva» en *Miguel Otero Silva: una visión plural*, ed. Rafael Arráiz Lucca (Caracas: El Nacional, 2009), 11-19

tancia triunfar en la novela que triunfar en el verso. Las razones son claras: mayor alcance de género, mayor número de lectores, mayor autoridad, mayor facilidad de tratar diversas cuestiones fundamentales”¹³.

Miguel Otero Silva produce en 1937 su primera versión de la novela *Fiebre*¹⁴, fundamentada en las experiencias de la Generación del 28, y recibe la crítica favorable desde varios países del continente. Esta novela será reescrita cuarenta años más tarde, incorporando en ella las distintísimas opiniones de veintiocho de los protagonistas de las historias que en ella se relatan. Según Manuel Caballero, este es “el primer y casi único testimonio literario de una de las hazañas civiles más importantes de la historia venezolana, que señaló el rumbo que ella habría de seguir una vez muerto el tirano”¹⁵.

La intensa participación de Otero Silva conjuntamente en el ámbito político e intelectual se manifiesta también en la creación del diario *El Nacional*, en 1943:

la literatura y el periodismo siempre han navegado juntos en mi sangre, nunca se han diferenciado de un todo dentro de mi cabeza. Cuando he trabajado como periodista, he procurado hacerlo sin escamotear mi condición de escritor; y cuando escribo novelas o poesía, no logro arrancarme, ni deseo arrancarme mis mañas de periodista¹⁶.

13 Martínez, Miguel Otero..., 76.

14 La primera de sus novelas que inicia la escalera de títulos que a manera de juego va en ascenso continuo según el número de palabras: *Fiebre* (1); *Casas muertas* (2); *Oficina N° 1* (3); *La muerte de Honorio* (4); *Cuando quiero llorar no lloro* (5);

15 Caballero, Miguel Otero..., 15.

16 Miguel Otero Silva, *Prosa completa* (Barcelona: Seix Barral, 1976), 40.

Posteriormente rechaza el golpe de Estado que dan militares y civiles para instalar la Junta de Gobierno que terminará propiciando la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Esta dictadura significa para Otero Silva y su periódico un período de ataques y represiones contra un espíritu crítico y reaccionario.

La producción literaria de Otero se reduce a su proyección periodística y a una sola novela hasta el año de 1955 cuando se publica su segunda novela *Casas muertas*, manifestación de una preocupación por el profundo cambio económico que experimenta Venezuela. En 1961 aparece la secuencia de *Casas muertas: Oficina N° 1*, que en conjunto reflejan el fin de lo agrario y el nacimiento de la nueva economía petrolera. Estas dos novelas están referidas a los últimos años de la dictadura de Gómez y las primeras explosiones petroleras con su determinante impacto.

Este aumento de la producción literaria se mantiene al punto de que en 1964 publica *La muerte de Honorio*, con la que traslada la mirada a los reprimidos de la dictadura perezjimenista y escribe una novela con la rigurosidad periodística de un reportaje. Seis años más tarde, Otero Silva mantiene su preocupación por la Caracas violenta y en esta oportunidad, con un estilo mucho más novedoso de lo que había logrado en sus obras anteriores, hace una fotografía viva de la Caracas de los 60 con su nueva configuración social y su ya caótica dinámica de capital del mundo. Esta novela se inscribe entre las que relatan la llamada “década violenta”¹⁷.

Pero lo más característico de Otero como novelista es que es un verdadero representante de la tesis de que la literatura vene-

17 Nieves María Concepción Lorenzo, *La fabulación de la realidad en la narrativa de Miguel Otero Silva*. Tesis de doctorado no publicada (Tenerife: Universidad de La Laguna, 2001), 32.

zolana es profundamente realista. Es un escritor y político que no puede dejar de hacer una cosa cuando hace la otra: “llevar la experiencia de vida a la literatura va a ser uno de los objetivos fundamentales de Miguel Otero Silva (...) Creía que podía comunicar los sucesos que le ocurrieron a través de la novela, que muchas veces intenta calcar la realidad”¹⁸.

3. Literatura y dictadura: *Casas muertas* y *Oficina N° 1*

En el complejo panorama de la dictadura de Juan Vicente Gómez, con el fin de la economía agraria y un incipiente desarrollo petrolero e industrial, se inscribe la historia de *Casas Muertas* (1955)¹⁹. La ficción, en la que apenas sucede algo, muestra a través de la decadencia de un pueblo de los llanos venezolanos un momento de la historia reciente del país en la que –por decirlo de modo resumido– la sociedad apenas sobrevive al cambio.

Del total de siete novelas que escribe el autor, cinco –*Fiebre* (1939)²⁰, *Casas Muertas* (1955), *Oficina N° 1* (1961), *La muerte de Honorio* (1963) y *Cuando quiero llorar no lloro* (1970)–, responden a “una voluntad manifiesta de crear un fresco ficcional de la historia de Venezuela, entendiendo ésta como decurso de los distintos agentes (la política, el acontecer social, la cultura, etc.) que conforman una realidad nacional”²¹.

Otero Silva **escribe y publica** en una época de otra dictadura, de otra crisis política, en la que persiste su actividad como actor

18 Laura Febres, “Miguel Otero Silva y una nueva generación” en *Miguel Otero Silva: una visión plural*, ed. Rafael Arráiz Lucca (Caracas: El Nacional, 2009), 46.

19 Según aclara Isidoro Requena, el tiempo de la novela puede calcularse entre 1909 y 1929 (1992, pág. 65).

20 En 1971 el autor revisa y corrige el texto de *Fiebre* y vuelve a editarla con importantes cambios.

21 Concepción Lorenzo, *La fabulación...*, 8.

contrario al régimen. Las novelas que estudiamos, publicadas entre 1955 y 1961, recrean la Venezuela de la dictadura gomecista al tiempo que autor y lector se hallan en medio del fin de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez (1952-1958)²². El lugar de enunciación de Otero Silva es muy particular porque para ese entonces ya ha fundado el periódico y en el ejercicio del periodismo mantiene activa su lucha política. No cuenta la historia del pasado desde su retiro, sino que lo hace en medio de una realidad determinada por fuertes presiones políticas, en la que se mantiene en completa vigencia sus ambiciones de liberar a la población de las recurrentes injusticias.

Para el lector ocurre lo mismo. Vale la pena tener en cuenta la lectura que hace Marcotrigiano, quien asegura que en su primer acercamiento a la obra la calificación de dictador “sólo la tenía más o menos clara con la referencia al general Pérez Jiménez”²³. Esta singularidad contribuye a convertir estas novelas más en discurso político que en meras ficciones, puesto que naturalmente las separan de su desprevenido carácter de “reseña histórica” desde que el lector se ve naturalmente orientado a entenderlas como narración de lo que la dictadura le ha hecho al pueblo venezolano y de lo que éste ha tenido que hacer para defenderse. Se establece un entramado de tensiones entre la realidad perezjimenista y la gomecista y cualquier otra –como la actual–, en la que apelar a las ansias libertadoras sea posible y necesario.

22 La dictadura de Marcos Pérez Jiménez empieza en 1952, después de cuatro años de gobiernos militares que se inician en 1948 desde que derrocan al último presidente electo democráticamente: el escritor Rómulo Gallegos.

23 Miguel Marcotrigiano, M. (2012). *Casas Muertas: circunnavegando islotes de memoria o de la lectura como actividad iniciática*, 3. Recuperado el 15 de marzo de 2022, de https://www.academia.edu/427843/De_orilla_a_orilla._Estudios_sobre_literatura_espa%C3%B1ola_y_venezolana

Esto responde a la intención que mencionábamos antes del autor a hacer cierta de “propaganda” en el discurso narrativo. Hoy en día leer *Casas Muertas* y *Oficina N° 1* nos toca la misma fibra que tiene sensible el que vive un régimen dictatorial.

Como el mismo Otero Silva lo declara, sus novelas están ambientadas en determinados momentos históricos que a él mismo le tocó vivir y en los que participó protagónicamente, de manera que no pueden leerse sin tener en cuenta que las referencias de tiempo y espacio están sujetas a la realidad que el autor estudió y documentó con vocación periodística²⁴. Son en definitiva, herramientas de crítica:

Todas mis novelas son literatura de denuncia. *Fiebre* es una denuncia del sistema y del terror gomecistas; *Casas muertas* es la denuncia del mal morir de una ciudad aniquilada por el paludismo, el gamolismo y las guerras civiles; *Oficina N° 1* es la denuncia del mal nacer de una ciudad al rescoldo de la explotación minera imperialista²⁵.

Casas muertas y *Oficina N° 1* pueden ser leídas en conjunto puesto que relatan la historia del tránsito de Carmen Rosa Villena, que sale de un pueblo agrícola moribundo –alejado ya de la referencia de la naturaleza fecunda– a un recién fundado poblado alrededor de un pozo petrolero –semilla incipiente de las nuevas ciudades–. La primera ficción relata la muerte del pueblo agrícola, mientras la segunda, el nacimiento del petrolero.

24 Otero Silva cuenta cómo se preparó para escribir *Casas muertas*: “Me fui a Ortiz, que para entonces estaba al borde del derrumbe total, busqué a los sobrevivientes de la época terrible, que eran muy escasos, y ellos me contaron cómo eran en esa época los árboles y los pájaros, qué se comía, cómo se vestían, qué canciones cantaban, y yo comencé a llenar cuadernos con sus confidencias” (Otero Silva, 1976, pág. 45).

25 Miguel Otero Silva, *Prosa completa* (Barcelona: Seix Barral, 1976), 55.

Estas novelas son historias de los lugares: Ortiz y Oficina N° 1²⁶, que son presentados, contruidos, recreados y levantados en la ficción por un autor profundamente comprometido con el quehacer nacional:

Una descripción del espacio revelaría el grado de atención que el novelista concede al mundo y la calidad de esa atención: la mirada puede detenerse en el objeto descrito o ir más allá. La descripción hace expresa la relación, tan fundamental en la novela, del hombre, autor o personaje con el mundo que le rodea: huye de él, lo sustituye por otro o se sumerge en él para explorarlo, comprenderlo, cambiarlo o conocerse a sí mismo²⁷.

3a. Casas Muertas: el fin del relato del llano

La ficción se ubica en un pueblo real, Ortiz, que aún existe en medio de los llanos venezolanos. Esta condición puede asociarse a la todavía presente influencia del regionalismo de Rómulo Gallegos, donde el llano es el ambiente propicio para la representación de la nación, y para –inclusive– valorar desde allí el ingreso a la vida urbana que ya empieza a ocupar la atención de los literatos. No es casual que Otero Silva haya elegido la llanura para recrear *Casas Muertas*:

Pues esa realidad geográfica de la tipología paisajística venezolana, estrechamente vinculada a la agricultura nacional, se vio en extremo sacudida por el giro que toma la economía de Venezuela bajo la presión de las extracciones petroleras. El

26 Dado que el nombre del pueblo es el mismo que el de la novela, se distinguen al presentar el de la obra en letras cursivas y el del poblado en formato normal.

27 Roland Bourneuf y Rêéal Ouellet, *La novela* (Barcelona: Ariel, 1975), 141.

llano se erige, entonces, en símbolo de la realidad –telúrica y económica– de Venezuela²⁸.

Se separa sin embargo de las ficciones regionalistas en el hecho de que su planteamiento no presenta soluciones ni posibles salidas a la difícil situación del llano, sino que a través de lo que puede referir de ello problematiza una realidad y la hace crítica social. El mismo Otero Silva declara que sus obras no presentan soluciones –como Gallegos, que crea una propuesta de país– “porque eso sería meterme a moralista, predicador social o algo por el estilo (...) mis novelas no aportan soluciones por la sencilla razón de que nuestra historia todavía no las ha encontrado”²⁹.

Y así, en el discurso de quien cuenta el pasado de gloria comienza Ortiz a derrumbarse: “Llegó la fiebre amarilla en el 90. En seguida aparecieron el paludismo, la hematuria, el hambre y la úlcera. Se esfumaron los airosos contornos del padre Franceschini. La espléndida iglesia quedó a medio construir, desnudos los ladrillos de las paredes, arcos sin puertas, ventanas sin hojas”³⁰.

Es recurrente no sólo el epíteto “la flor de los Llanos”, también lo son las referencias históricas y geográficas que concuerdan con el pasado y la constitución de la Venezuela del siglo XX:

–La última gran fiesta de Ortiz –precisaba el viejo Cartaya– fue en el 91, cuando Andueza preparaba el continuismo. Carlos Palacios, primo de Andueza, lanzó su candidatura a la presidencia del Guárico y lo festejó con bailes y terneras que hicieron época (...) Y ni Andueza pudo reelegirse, ni Carlos

28 Concepción Lorenzo, *La fabulación...*, 113-114.

29 Otero Silva, *Prosa completa*, 55.

30 Otero Silva, *Prosa completa*, 20.

Palacios llegó a presidir el Guárico, porque no se lo permitió mi general Joaquín Crespo, de Parapara³¹.

Joaquín Crespo, uno de los principales caudillos de la historia de Venezuela es llanero, nada más y nada menos que de Parapara. Su importancia se deja ver en la voz de un personaje: “-Y desde que lo mataron -concluía Cartaya- hubo que borrar del lenguaje venezolano la palabra ‘caudillo’”³².

El autor no desperdicia ocasión para fijar posición frente a los gobiernos y rumbos que ha tomado la historia de Venezuela. Su obra es una plataforma de denuncia y un ámbito propicio para promover sus ideas. La muerte de Ortiz es la muerte del pueblo venezolano que agoniza frente al fin de la economía agraria y a la ineficiencia de un gobierno autoritario. No pierde ocasión de relacionar el momento de esplendor del pueblo con la época de gobierno del caudillo, que como en todo gobierno personalista hace girar los recursos en torno a sus predios. Así se cuenta la historia:

Ya había pasado la fiebre amarilla pero el paludismo comenzaba a secarle las raíces a la ciudad llanera. Sin embargo, bajo la presidencia de Crespo, parapareño que es casi como decir orticeño, vivió Ortiz horas de fugaz esplendor, debatiéndose contra un destino que estaba ya trazado. El doctor Núñez, secretario general de Crespo, había nacido en el propio Ortiz. En su casa, ‘La Nuñera’, se celebraron grandes banquetes a los cuales asistió Crespo en persona en más de una ocasión. Cartaya recordaba al caudillo llanero, montado en un caballo blanco, resuelto a colear un novillo entre los tranqueros de la calle real³³.

31 Otero Silva, *Prosa completa*, 26.

32 Otero Silva, *Prosa completa*, 26.

33 Otero Silva, *Prosa completa*, 26.

Otero Silva se inscribe –aunque la crítica no siempre lo califique así– en la corriente del realismo social, en el que lo más importante es hacer denuncia sobre la realidad. Esta tendencia se canaliza hacia la construcción del nuevo cronotopo de Arcadia que está en decadencia y del que deben participar todos los escritores de la época. *Casas muertas* y *Oficina N° 1* son parte de esos primeros intentos de construir la nueva referencia al campo.

El autor hace uso de la imagen real de los pueblos abandonados para asociarla con la muerte –a diferencia de Gallegos o Lazo Martí que cantan a la vida en la llanura– y la usa de imagen de fondo para mostrar el momento del éxodo rural por la crisis del campo, además del terrible abandono sanitario al que estaba sometida la población en manos del dictador.

A lo largo de la novela, es muy evidente que el autor está interesado en presentar críticamente la realidad y muy limitadamente en reivindicar causas y propuestas de nación. La muerte de Ortiz es una abierta denuncia al abandono en el que ha caído un amplio sector de la población a manos de un gobierno dictatorial, autoritario y personalista que no ha podido canalizar convenientemente el fin de la economía agraria.

Así lo dice, de modo lapidario, uno de los presos que pasa por Ortiz en el autobús que viene de Caracas: “Yo no vi las casas, ni vi las ruinas. Yo sólo vi las llagas de los hombres”³⁴; la frase deja en evidencia la metáfora; las casas muertas son las vidas que terminan. Es un símbolo de una denuncia política: “se están derrumbando las casas, como el país en que nacimos”³⁵. Con cada casa que cae, con cada pueblo que muere, muere el país.

34 Otero Silva, *Prosa completa*, 85.

35 Otero Silva, *Prosa completa*, 85.

Y con la muerte de Ortiz también se sugiere el fin del cronotopo de la llanura triunfante, de la tierra prometidora de Bello y Gallegos, del mito de la civilización del campo, para dejar paso –en el marco del realismo social– a la verdadera modernización del país: la malnacida modernidad petrolera.

3b. El umbral: la puerta del Llano

Ortiz adquiere carácter de símbolo cuando, en determinado momento de la ficción, se le otorga la denominación de puerta del Llano, lo que le da carácter de lugar de paso: “Ortiz derrumbada seguía siendo el hito forzoso en el camino de los Llanos”³⁶. Es un punto de cruce obligado en el que se presenta la muerte y la desolación.

Para comprender este símbolo conviene definir los espacios que separa: en primer lugar llama la atención que no existe una “puerta” para ingresar a Ortiz, sino que es Ortiz un umbral entre el camino recorrido desde Caracas –la capital en la que se dan las rebeliones– y el camino hacia la cruenta realidad de Palenque, en el que se encuentran los presos políticos. Ortiz no es un portal que se quiera cruzar, puesto que no señala un camino agradable; es, tristemente, un pueblo convertido en nada más que un lugar de paso.

En el tránsito de los estudiantes presos es cuando se deja explícita la calificación de Ortiz como puerta del Llano. Los presos ignoran el destino del autobús. Se trata de un recorrido que parte de un lugar reconocido y bien identificado, hacia un destino recóndito que no puede significar sino el horror y la muerte. En esa ruta está como punto medio Ortiz, un lugar que aunque podría funcionar de terreno neutral, pronto se convierte en el

36 Otero Silva, *Prosa completa*, 94.

presagio de un destino funesto: “Tan sólo vislumbraron el destino que les aguardaba cuando el autobús abandonó la carretera que iba en busca del mar y torció bruscamente hacia los llanos. Entonces uno de ellos dijo simplemente: –Éste es el camino de Palenque”³⁷. Esta es también una condición propia del umbral, la de advertir un peligro por venir.

El recorrido del autobús en el que viajan los presos permite también ampliar la perspectiva hacia *lo nacional*, porque se describen con detalle los sitios reales por los que transita:

Era la primera parada desde la víspera, cuando salió de Guatire, mucho más allá de Caracas con su cargamento de presos. Había atravesado en la noche y a gran velocidad las desiertas calles mudas de la capital. Tomó después el rumbo de los Valles de Aragua, hasta caer en los Llanos dando tumbos, con el motor a toda marcha³⁸.

El fenómeno particular de la insurrección, con el que se renueva el espíritu de Sebastián, concreta la idea de la pequeñez del pueblo frente a las empresas nacionales. La insurrección nace de modo caricaturesco. Ortiz muere y apenas puede participar, en su agonía, de la realidad nacional. Cuando Sebastián se hace consciente de la injusticia que se comete, se reconoce poca cosa en el medio de la nada que es Ortiz “¿Qué podía hacer Sebastián solo, desarmado, habitante de una región palúdica y sin gente, contra la implacable, todopoderosa, aniquiladora maquinaria del gobierno?”³⁹. Como el resto de los estudiantes, Sebastián debería representar ese futuro prometedor que amenaza al sistema imperante y que por eso significa un peligro que el dictador enfrenta

37 Otero Silva, *Prosa completa*, 79.

38 Miguel Otero Silva, *Casas muertas* (Barcelona: Seix Barral, 1980), 78.

39 Miguel Otero Silva, *Casas muertas* (Barcelona: Seix Barral, 1980), 88.

de modo tan retador. Esta idea de justicia conquista su alma, pero verdaderamente no tiene ninguna posibilidad de emerger de su realidad para incorporarse en una lucha patriótica.

Como afirma Ana Teresa Torres: “Lo interesante de esa lectura del país que aquí se propone es que la narración se centra en una insignificante y minúscula población, a la que llegan lejanos ecos de que el poder está en otra parte, en un lugar que casi no tuviera que ver con ellos, del que poco o nada saben”⁴⁰.

Las ansias de Sebastián por hacerse héroe no pueden tener más peso que el propio de un pueblo llanero moribundo y abandonado; la política no puede ser el centro de la poquísima vida de aquel lugar: “Las conversaciones de Cartaya, la señorita Berenice, Carmen Rosa y Sebastián no trascendían un metro más allá de los helechos de la casa Villenera”⁴¹.

Que el pueblo se presente de modo tan insignificante justamente cuando se hace referencia al imponente poder del gobierno es ocasión para denunciar la honda injusticia que está viviendo en la Venezuela de su época -el momento en el que se publica y lee la novela-, la de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

No deja de ser contradictorio que los estudiantes, que van camino a la tortura, presten preocupada atención a la agonía de Ortiz. Es tan impresionante la realidad del pueblo que termina siendo objeto de la compasión de los jóvenes. Esto no es más que una paradoja: en el autobús de los insurrectos, después de pasar

40 Ana Teresa Torres, «Casas muertas», en ed. Rafael Arráiz Lucca, *Miguel Otero Silva: una visión plural* (Caracas: El Nacional, 2009), 87.

41 Lorenzo considera que la razón por la que la política no interesa a los habitantes de Ortiz es la “censura, el sistema represivo y de espionaje político instaurados por el absolutismo gomecista, que a su vez contribuía a la paz y orden anhelado por las empresas extranjeras” (Lorenzo, 2001, pág. 138).

por Ortiz, ya “no se hablaba de la propia desventura sino de la ya consumada desventura de Ortiz y su gente”⁴². La pena que les espera a los estudiantes condenados no es nada frente a la muerte que día a día va acabando con Ortiz; o quizá es más bien que ven allí una manifestación de su realidad futura:

-¡Qué espanto de pueblo! Está habitado por fantasmas⁴³.

Y el del sincero rostro redondo:

-¿Y las casas? Más duelen las casas. Parece una ciudad saqueada por una horda.

Y el mulato corpulento, estudiante de medicina:

-Una horda de anofeles. El paludismo la destruyó.

Y el de nariz respingada y ojos burlones:

-¡Pobre gente! Y se les nota que son buenos.

Y el que llevaba el sombrero de Sebastián:

-La gente siempre es buena en esta tierra. Los malos no son gente⁴⁴.

Es una desgracia frente a otra: un país en ruinas frente a la injusticia de la dictadura torturadora. Y de alguna manera realidades que dialogan entre sí reconociendo su conexión de que una es consecuencia de la otra y también causa. La figura de los estudiantes también le da sentido a la idea de miniatura frente a inmensidad, porque solo es posible establecer la relación entre lo grande y lo pequeño si hay alguien desde afuera que pueda apreciarlo. La dictadura luce fuerte y poderosa frente a unas fuerzas debilitadas de un país que clama de hambre y muerte.

42 Miguel Otero Silva, *Casas muertas* (Barcelona: Seix Barral, 1980), 83.

43 La idea de pueblo fantasmal introducida por los estudiantes asocia este pueblo con la propuesta estética de Juan Rulfo, persistente en sus relatos, en particular en *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955), en los que denuncia el mismo proceso migratorio en México.

44 Miguel Otero Silva, *Casas muertas* (Barcelona: Seix Barral, 1980), 84.

Las noticias que llegan a Ortiz sobre los revolucionarios están todas asociadas a lugares, un más allá, un afuera que pareciera tener más posibilidades que las propias para enfrentarse: “El general Gabaldón se alzó en Santo Cristo”; “Norberto Borges respondió en los Valles del Tuy”; “Los desterrados venezolanos tomaron Curazao e invadieron Coro”; “Se espera una expedición en grande, con barco y todo, que viene de Europa”⁴⁵. Son noticias con nombres y apellidos, con referencias reales, no es un levantamiento anónimo.

No estamos en presencia de grandes gestos heroicos, ni de complejas intrigas políticas; sino de pequeños seres, que en la soledad de un pueblo en estado de desaparición, han escuchado hablar de que hay gente que se está alzando contra el dictador. Lo han escuchado de la misma manera lejana y maravillada con la que han escuchado hablar de todo lo que no conocen: Caracas y el mar⁴⁶.

3c. Fin de la dictadura

La muerte del general Gómez y el fin de la dictadura se “cuenta” en *Oficina N° 1*. Estando las Villena instaladas en el emergente pueblo petrolero, llegan las noticias. Dado que la novela se desarrolla en el primer tercio del siglo XX, la muerte del general Gómez aparece como un momento determinante dentro de la ficción. Pero se plantea también en términos que conviene rescatar para la valoración de la confección de los microcosmos en el momento de tránsito que vive la democracia venezolana.

La noticia viene, como siempre, desde afuera, cargada en un carro desde Maturín, en un camión desde Ciudad Bolívar:

45 Otero Silva, *Casas muertas*, 90.

46 Ana Teresa Torres, «Casas muertas», en ed. Rafael Arráiz Lucca, *Miguel Otero Silva: una visión plural* (Caracas: El Nacional, 2009), 88.

“-¡Se murió!
-¡Se murió el general!
-¡Se murió el general Gómez!”⁴⁷.

Los datos aparecen en boca de estudiantes y liberados que recuerdan la figura de Sebastián. Toda la noticia se centra en la libertad, en la liberación de los presos, en despojar espacios -con violencia- y hacerlos propios...

Ante la posibilidad de que los estudiantes, con su discurso, vengan a irrumpir también en *Oficina N° 1*, míster Taylor define todo el lugar no como ciudad, sino como “sitio de trabajo”. Los demás no son ciudadanos, políticos; son “un grupo de técnicos, geólogos y obreros, venezolanos y extranjeros, que estamos realizando una labor industrial, totalmente apartada de la política”⁴⁸. *Oficina N° 1* no es ni tiene intenciones de ser una ciudad, tanto así que su comisario no depende de la Gobernación, sino de la propia Compañía. Quieren ser -en este momento particular- un sitio neutral, donde el trabajo -la explotación- sea el único régimen de vida. Eso explica la inexistencia de tradiciones, de ritos. El poco sentido de las vidas de quienes llegan a poblar el lugar depende únicamente de la utilidad que representan en el orden que ha establecido la Compañía. Por eso, solo quiere participar como espectador: “la Compañía se complacerá mucho en presenciar esa transformación”⁴⁹.

El autor muestra la caída de la dictadura y la utiliza para mostrar la lejanía que hay entre los intereses particulares de los extranjeros explotadores y el devenir político nacional. No es que para Otero *Oficina N° 1* esté desligada de la historia, sino que quienes vinieron a desarrollar la industria petrolera son tan ajenos

47 Miguel Otero Silva, *Oficina N°1* (Caracas: El Nacional, 2001), 67.

48 Otero Silva, *Oficina N°1*, 68.

49 Otero Silva, *Oficina N°1*, 68

a nuestra idiosincrasia que bien pueden vivir a espaldas de los cambios en los ámbitos políticos, mientras con ello se aseguren su participación “pacífica” en el negocio.

En este pueblo –que aún no es pueblo y parece no querer serlo– la autoridad, quien representa a todos los pobladores no es un alcalde, un gobernador, un concejal... es míster Taylor, representante de la Compañía, que en definitiva tiene el control sobre el lugar.

Nada ocurre, a pesar de la mirada incrédula de Secundino Silva, Luciano Millán y Pancho Marcano: “¿Y eso es todo lo que va a pasar en este lugar mientras el país se sacude de un extremo a otro, mientras la muerte del tirano cambia decisivamente el rumbo de nuestra historia?”⁵⁰. Venezuela vive un hito dentro de su historia y *Oficina N° 1*, sea lo que sea, no participa de ello. Mr. Taylor quiere dar a entender –por interés económico– que es un espacio neutral, pero la misma novela denuncia que no existen los espacios neutrales: el cambio está servido.

Pero la ciudad petrolera emergente sigue en el plano de lo insignificante. Así responde Millán: “¿Y qué quieres tú que pase? Esto no es sino un puñado de chozas de bahareque y moriche, que no llegan a treinta, cuatro casas portátiles de los americanos, un campamento de lona y un taladro”⁵¹.

No son éstas historias que atiendan particularmente el aspecto psicológico de los personajes, sus maneras de ver el mundo; son ficciones que se fundamentan en hechos reales y que le dan carácter protagónico a esos hechos y a su repercusión en la vida de los colectivos. Como ya se ha sugerido, a Otero Silva le interesa presentar el “reflejo de la realidad venezolana más o menos vivida o

50 Otero Silva, *Oficina N°1*, 69.

51 Otero Silva, *Oficina N°1*, 69.

presenciada”⁵². De manera que su valor como testimonio no nos interesa, pero sí la noción de que los microcosmos fueron contruidos para ser consistentes con la realidad, y con el propósito de que se constituyan en elementos críticos de ella.

4. A manera de conclusión

Son estas dos obras una manifestación muy evidente de cuatro ideas centrales:

La primera, que para literatura venezolana –y me atrevería decir que para todo el discurso cultural–, la realidad y el devenir histórico ha sido un elemento siempre presente. Nuestra historia, tan rica en eventos, tan dura y cruel en ciertos momentos y tan radiante en otros, es la historia de nuestras almas, de cada hombre y mujer que a fin de cuentas son los personajes que se recrean para vivir cada ficción. Tenemos una historia muy viva que querámoslo o no se refleja en las vidas de tantos personajes y de tantos ambientes y espacios recreados en nuestras ficciones.

En segundo lugar, que tenemos políticos literatos y literatos políticos, que tenemos expresiones artísticas llenas de la vida de nuestra historia y tenemos una historia contada muy artísticamente. La vida de un autor como la de Miguel Otero Silva nos muestra un ciudadano completo que no solo respondió a su vocación política y social, sino que viendo que tenía vocación de escritor, quiso y supo encaminarla a la defensa de sus ideales y a la comprensión del momento histórico que le tocó vivir.

En tercer lugar, que la literatura funciona como un discurso que bien puede hacer crítica de la realidad a través de los mecanismos que le son propios. Se ve concretamente en las novelas estudiadas y el autor al que hacemos referencia. El autor se

52 Miguel Otero Silva, *Prosa completa* (Barcelona: Seix Barral, 1976), 41.

encuentra en un momento histórico posterior al que narra, pero ambos momentos son momentos de dictadura. Entonces el texto hace alusión a un momento pasado concreto y al mismo tiempo llama la atención y de alguna manera denuncia y llama la atención sobre el momento actual. Este es una especie de metadiscurso que refiriendo un momento, señala a otro a través de su propia esencia.

Y finalmente, podemos plantear una posible respuesta a la interminable inquietud sobre si la literatura cuenta o no cuenta la historia de un país. Ciertamente la literatura no puede asumirse como testimonio, ni como relato histórico; es una verdad que conviene asumir y repetir ante la recurrente confusión que suele darse entre estudiantes y jóvenes lectores que sienten que han descubierto la historia de Venezuela al encontrarse con relatos más bien literarios. Sin embargo, hay que reconocer que en obras como estas, en las que además hay una previa investigación periodística y una intención de cierta propaganda, se puede reconocer la preocupación de un hombre de su época. Y se puede reconocer en sus personajes, en sus ciudades construidas y destruidas, en sus jardines nacientes y moribundos, en sus calles y en sus nuevas generaciones, el alma de un pueblo representada en una ficción.

Nuestras ficciones son parte importantísima de la construcción de la cultura de nuestro pueblo, de nuestra venezolanidad. Animar a las nuevas generaciones a descubrir en ella, destellos de nuestra historia reciente es un ejercicio valioso y muy constructivo en este momento en el que ocurren tantas cosas que de alguna manera los textos denuncian, deconstruyen y critican.

La hora de la representación real

Paola Bautista de Alemán

Las dictaduras que se extienden en el tiempo suelen carcomer los espacios de resistencia de la sociedad. La consolidación del mal erosiona las instituciones que deben orientar la lucha democrática y puede configurar una psicología de supervivencia que anima a la adaptación. Este patrón de decadencia se ha repetido en países que han sufrido dictaduras feroces como la nuestra. Y hoy está presente en Venezuela. En este artículo, que está abierto al tiempo y a sus consideraciones, profundizaré en dos asuntos: la erosión de esos ámbitos que deben dar cauce a nuestros deseos de libertad y los caminos que podríamos recorrer para afrontar esta realidad.

Hablemos sobre representación

Para comenzar, hablemos sobre representación. Es un concepto apasionante. Quizás, quien mejor lo describe es Eric Voegelin. Este autor propone que la representación es la capacidad que tiene una persona o un grupo de personas de articular y movilizar ordenadamente a una comunidad hacia un fin concreto. Es decir: la representación se concreta cuando una persona señala un destino y los demás lo siguen. En democracia, las elecciones son el mecanismo de representación formal por excelencia. Cuando un ciudadano vota en libertad, elige a quienes lo “representarán” y, a partir de ese momento, tienen legitimidad para gobernar. La

relación entre representación y legitimidad es estrecha. Sin la primera, la segunda se hace difusa. Ahora ¿Qué sucede cuando esos mecanismos no son fiables o se han agotado? ¿Qué pasa cuando hay dictadura y esas herramientas se tuercen o son manipuladas?

Venezuela está en ese momento. La dictadura avanzó en sus ambiciones de poder. Y, al día de hoy, es necesario reflexionar sobre este particular. A mi modo de ver, caímos en este abismo de invertebración política en el segundo semestre de 2019 y aún no sabemos cómo enfrentarlo o cómo salir de él. Nuestra última elección con verdaderos rasgos de competitividad fue en 2015. Y siete años de represión, lucha, traspies y desencuentros han desgastado esa fotografía. Además, los retratos más recientes son limitados y no parecen ser fieles registros de la realidad. Esta situación ha configurado una verdadera crisis de representación que tiene signos visibles en nuestra cotidianidad. El desencanto –y a veces desprecio– a la clase política, la aparente inacción de la sociedad y el divorcio con los asuntos públicos son signos inequívocos de esta enfermedad social.

Primera vía

Hasta el momento, han surgido dos vías para enfrentar este fenómeno. Me detendré en ambas. La primera, está liderada por Nicolás Maduro. La dictadura entendió prontamente la dinámica del vacío y se dispuso a crear instrumentos fácticos de legitimidad, que prescindieron de los mecanismos constitucionales de representación formal. Los primeros intentos fueron malandros. La mesita y los alacranes fueron evidentes transacciones de conciencia que no lograron crear en lo inmediato una oposición más dócil que fuera creíble dentro y fuera del país. Entonces, avanzaron en otra estrategia: se dispusieron a profundizar negociaciones al detal con integrantes de la sociedad civil y con miembros de

partidos políticos con quienes llegaron a acuerdos parciales. Estas operaciones políticas se sustentaron en mecanismos fácticos de legitimidad. Es decir: ante la ausencia de mecanismos formales de representación, la única fuente de legitimidad que tuvieron -y tienen- quienes participaron en estos espacios fue la que les otorgó la dictadura al señalarlos como interlocutores válidos. Conviene hacer una aclaratoria: no cuestiono la rectitud de intención de quienes avanzaron -y avanzan- en estas agendas. Mis consideraciones son prácticas, no morales. A mi modo de ver, abrir estas zonas con la dictadura, en evidente condición de debilidad, de manera unilateral y sin garantía alguna de cumplimiento real, impone riesgos personales y colectivos que pueden afectar nuestro itinerario hacia la democracia.

Veamos una aproximación a la lógica que podría mover a estos actores. Por lo que he escuchado y leído de esta postura, entiendo que la intención es crear condiciones para que se cristalicen las voluntades reformistas que puede esconder la dictadura. Perciben que dentro del régimen puede haber quienes desean avanzar hacia la democracia y hay que facilitarles ese camino. Es una estrategia que apuesta a los cambios desde adentro hacia afuera. Esta opción es deseable ¿Quién puede oponerse a un proceso de cambio político pactado que nos lleve hacia una democracia estable y duradera? Nadie en su sano juicio se puede resistir a este desenlace. Por eso, creo que debemos hacernos con rectitud, realismo y honestidad -al menos- estas preguntas: ¿El chavismo-madurismo es reformable? De serlo y siendo que las negociaciones al detal son iniciativas políticas que nacieron de manera unilateral, ¿Cómo avanzar de manera más inclusiva, configurando un movimiento de liberación que logre representar a la mayoría del pueblo de Venezuela y contribuir con la reconstrucción institucional de las fuerzas políticas democráticas del país? Pero, de ser imposible el itinerario anterior, hay que hacerse otras

interrogantes: ¿Cuáles son las consecuencias de avanzar hacia un destino que luce inalcanzable? y ¿Cómo impactará al futuro de nuestra lucha democrática que se adelanten iniciativas desde, como diría Ortega y Gasset, “acciones directas” y “compartimientos estancos”?

Hay países que han acudido a esta opción de lucha. Quizás el caso más relevante es Zimbabue y el “Power Sharing Agreement” (2008). La oposición del país africano, contando con evidente apoyo popular y animado por toda la comunidad internacional, acordó ser parte del gobierno de Mugabe, presidir algunas instituciones de la dictadura y liderar reformas hacia la democracia. Lamentablemente, poco tiempo después ocurrió lo contrario. Las reformas fracasaron. La oposición se corrompió, la dictadura no avanzó hacia la democracia y el país se desencantó de la política. Catorce años después, en Zimbabue no hay democracia. Esta experiencia -y otras- me obligan a reiterar con firmeza que esta opción de lucha es riesgosa. Intentar subsanar la profunda crisis de representatividad que padecemos con mecanismos fácticos de legitimidad creados por quienes secuestran el poder es una apuesta osada. Sin quererlo, se puede configurar un escenario perfecto para la simulación democrática, para el reequilibramiento autocrático y para el apaciguamiento de nuestros impulsos de libertad. La dictadura no da nada de gratis y me temo que, tarde o temprano, terminará cobrando el “poder” otorgado deliberadamente a quienes apuestan a este género de liberación.

Segunda vía

Veamos ahora el segundo camino que se ha querido construir para subsanar nuestra crisis de representación. Juan Guaidó se juramentó como presidente encargado de la República Bolivariana de Venezuela el 23 de enero de 2019. En este artículo no pro-

fundizaré en este proceso político, que es reciente y complejo. Sin duda alguna, habrá que hacerlo en el futuro. Solo diré lo que nos es evidente: después de tres años no hemos alcanzado nuestros objetivos de liberación, la instancia se ha erosionado y pareciera que el centro de nuestra lucha política no gravita ahí. En términos de lo expuesto sobre el concepto de representación: la presidencia interina es una fotografía desgastada que pareciera no retratar nuestra situación actual. En líneas anteriores referí que la representación se evidencia en la capacidad de articulación y movilización social. Al día de hoy, pareciera que el interinato no cuenta con esas potencialidades.

Esta carencia se ha intentado subsanar por medio de la legitimidad que pueden otorgar los aliados internacionales, especialmente Estados Unidos. Es decir, la actual fuente de legitimidad de la presidencia interina no se encuentra en mecanismos de representación formales ni reales, sino en la que le otorga parte de la comunidad internacional al señalarlos como interlocutores válidos. Algunos podrán estar en desacuerdo con este análisis y recurrir a la legitimidad que podrían otorgar supuestas interpretaciones constitucionales que no son claras ni evidentes. Sin embargo, existe una realidad política que confronta a este voluntarismo constitucional. El sustento jurídico de la presidencia interina estaba íntimamente asociado a su triunfo a corto plazo. Es decir: el Estatuto de la transición se creó para darle cauce a la potencialidad de cambio que había en 2019. Ante la ausencia de esa condición, el mecanismo perdió su razón de ser política. Esto ha ocurrido antes, en otras latitudes. Por ejemplo, la “Ley para la reforma política” (1976) que en España permitió ir “de la ley a la ley” en España sirvió al cambio político porque facilitó su concreción ordenada. Sin ese desenlace, esa obra jurídica de Torcuato Fernández Miranda hubiera sido letra muerta y no habría pasado a la historia.

En resumen: después de tres años, el gobierno interino es una instancia que está reducida a la legitimidad que le otorgan los aliados internacionales. Dado lo expuesto, considero que esta condición cedida es insuficiente en materia de representatividad real o formal. Sin embargo, podríamos preguntarnos si el interinato podría ser cantera de representación real. Me pregunto: ¿Este espacio podría transformarse en una instancia que inspire, articule y movilice a las fuerzas democráticas venezolanas y a la sociedad? En este sentido, conviene detenernos brevemente en la configuración actual del llamado “Gobierno interino”. Formalmente, incluye a los principales partidos del país (G4) y a los minoritarios (G8). Sin embargo, los modos de “gobierno” que se han instalado han propiciado que se imponga el accionar político del equipo de Juan Guaidó y de fuerzas minoritarias, las cuales se ven sobredimensionadas y beneficiadas en esta ordenación. A mi modo de ver, es una suerte de “vocación hegemónica” que impacta malamente nuestra lucha política porque obstaculiza gravemente la generación de consensos y la construcción de una unidad real, aquella que debe responder a los verdaderos problemas de los venezolanos. Y, al ser profundamente excluyente, atomiza aún más el espectro político opositor.

Esta situación es lamentable porque alimenta el desencanto con la política y profundiza la crisis de representación. Ensancha la brecha entre el país y los políticos. Las encuestas muestran que en la mente y en el corazón de los venezolanos se estaciona la idea de que los políticos dedicamos nuestro tiempo a cuidar parcelas artificiales de poder y no a atender sus problemas reales. Es como si se confirmara que vivimos en el espejismo de aquello que pudo ser, pero no fue. Y, además, se consolida la dinámica de atomización del espectro político opositor. La cerrazón del interinato fue –y es– caldo de cultivo para que surjan negociaciones al detal y para que la dictadura salga al mercado de las insatisfacciones a

identificar individualidades dispuestas a ser interlocutores válidos y creíbles.

¿Tercera vía?

Hasta ahora hemos reflexionado sobre las dos vías que se han creado para sortear el vacío de representación que nos aqueja. Son caminos divergentes con una característica común: cuentan con una aparente legitimidad que no deriva de mecanismos formales ni reales de representación y que les ha sido concedida por poderes fácticos. Este aspecto es complejo. Cuando la legitimidad de una instancia política no está anclada en su poder de representación real o formal, puede quedar reducida a las apariencias y ser profundamente dependiente e inestable. Y, al verse sustentada únicamente en la voluntad de quien le ha infundido “poder”, puede quedar sometida a sus intereses o arrebatos. Este riesgo nos recuerda que la libertad de conciencia y la independencia personal son condiciones insustituibles para la creación de una representación real que impulse verdadera legitimidad y dirija a la lucha democrática.

Este análisis necesariamente nos invita a pensar en soluciones. No podemos quedarnos en el difícil diagnóstico ¿Qué debemos hacer? ¿Cómo sacarle provecho a aquellos espacios o iniciativas preexistentes que pudieran contribuir a nuestra liberación? ¿Cómo salir del abismo? ¿Cómo construir la representación real que tanto necesita Venezuela? Para estas preguntas no hay respuestas únicas ni excluyentes. Compartiré cinco ideas con el fin de animar a la reflexión y allanar el camino de la reconstrucción de nuestro tejido político y social.

Primera idea: el liderazgo moral. La historia enseña que la vida de quienes han encabezado luchas como la nuestra en otras latitudes y tiempos ha estado marcada por una visión trascen-

dente de la política. Por “visión trascendente” me refiero a valores inmateriales del espíritu humano que le dan sentido al esfuerzo, a la existencia del mal y al sufrimiento. Hay tres ejemplos que me conmueven: Lech Walesa, Oswaldo Payá y Vaclav Havel. Los dos primeros se aferraron a su fe cristiana y el último, a los bienes que ofrece la cultura. Esta referencia no es romanticismo ni autoayuda. Es un recordatorio de la necesaria fortaleza moral que se necesita para superar los obstáculos y transformarse en la voz de un país que desconfió, que está cansado y que comienza a asumir que está condenado a vivir en la injusticia. Considero que esta condición del liderazgo es imprescindible para avanzar en la construcción de la representación real. Por eso, es importante crear e impulsar espacios de formación y socialización que ofrezcan condiciones para que prevalezcan personas de este talante.

Segunda idea: el predominio de la conciencia. Alexander Solzhenitsyn solía decir que la verdadera lucha por la libertad se da en el corazón humano. Con frecuencia vuelvo a esa idea. Nuestro país es un tropel de carencias humanas y materiales. Al recorrerlo, me he encontrado con las *Casas Muertas* de Miguel Otero Silva y con la barbarie que describió Rómulo Gallegos. En pleno S.XXI, nuestra labor política debe tener fines profundamente pedagógicos y humanos. Tenemos el deber de rehabilitar el espacio público y salir al encuentro del otro, de los demás, de los venezolanos. Debemos escuchar y acompañar. Reflexionar y actuar. Retomar el valor del testimonio político y abonar el terreno para que esas conciencias despiertas puedan animarse a luchar por democracia.

Tercera idea: el carácter criollo. Por muchas razones, en el ocaso de nuestra democracia decidimos desconocer nuestra tradición republicana y esa actitud fue terreno fértil para que la narrativa del chavismo-madurismo brotara. De esta manera, el relato revolucionario que despreciaba nuestro pasado y condenaba

cualquier opción de futuro en libertad hizo mella en nuestra fibra democrática. Con firmeza debo afirmar que, para reconstruir el país y nuestra democracia, debemos vencer esta distorsión que nos arrojó a la orfandad histórica y cultural. El “borrón y cuenta nueva” que pretendió impulsar el chavismo quiso arrebatarnos el orgullo de la civilidad. Eso debe cambiar. Volver a lo que somos, ver nuestras luces, enfrentar nuestras sombras, retomar con madurez nuestras raíces y redescubrir –como diría Augusto Mijares– lo “afirmativo venezolano”- es necesario para avanzar.

Cuarta idea: La laboriosidad. El liderazgo moral, el predominio de la conciencia y el carácter criollo cobrarán frutos de libertad si se cristalizan en planes concretos de organización política y social a lo largo y ancho del país. Me admiro cuando veo el empeño de políticos y líderes sociales que dedican sus vidas a expandir sus organizaciones e instituciones al servicio del país. Van como labriegos quitando la maleza del desánimo y sembrando esperanza. Avanzan con muchas limitaciones. Van estado por estado, municipio por municipio, parroquia por parroquia. Es un trabajo silencioso e indispensable. La única manera de vencer los mecanismos fácticos de representación es creando un movimiento que sea portador fiel e indiscutible de la legitimidad real. Hay que trabajar, crear y construir. Los tuits, los análisis (como este), los comentarios y las peñas son insuficientes. Nadie nos va a regalar la libertad. Debemos ganárnosla con generosidad.

Quinta idea: La apertura. Construir la representación real es una tarea que nos convoca a todos. Una de nuestras tragedias actuales es la invertibración del espectro político opositor. El régimen ha logrado espesar la bruma y es difícil distinguir el horizonte. Es complicado saber quién es quién. Y no basta con decir que quien no sea gobierno, es oposición. Todos sabemos que la realidad es mucho más turbia y enredada. Ignorar esta dificul-

tad no hará que desaparezca. Tenemos que transitar esta tierra de sombras con la audacia que ofrece la pericia política. Hay que tejer redes auténticamente opositoras que no defrauden -una vez más- los impulsos de libertad del país. Es indispensable conocer la realidad de cada región y trazar un mapa real de las fuerzas opositoras que allí operan. Solo así podremos “tejer” con mayor asertividad. La necesaria apertura política debe ir acompañada de un trabajo casi artesanal que nos permita avanzar con confianza.

Finalizo así este análisis que está abierto al tiempo. Soy consciente de las complejidades que me he aventurado a describir. Advierto sus dificultades y entiendo que ninguno de los temas acá expuestos está agotado. Lo reitero: Estas ideas están abiertas al tiempo. Nuestro país demanda reflexión y trabajo. Por eso, me aferro a las palabras que escribió José Rafael Pocaterra en 1937, cuando nuestro país parecía condenado a la decadencia: “Sonó la hora de que se llamen las cosas por su nombre y no los nombres por su cosa”. Venezuela nos espera. Es la hora de la representación real.

Lleva tu pedacito de ágora

Rafael Osío Cabrices

No podemos entender el declive democrático o imaginar la redemocratización sin saber cómo se pierden y se producen consensos mínimos que trasciendan a pequeñas élites con poder de decisión. Pero hay que empezar por entender cómo se ha fragmentado el sistema para difundir y discutir las ideas de ese consenso en una opinión pública. La crisis de los medios y la atomización de las audiencias son una historia central en la crisis contemporánea de las democracias.

Cualquier lunes de hace treinta años, en el recreo de media mañana, una buena parte de los alumnos de la Escuela Lisandro Ramírez de Valencia podíamos estar hablando del mismo tema: la película que habíamos visto en Cine Millonario la noche anterior. Era muy probable que estuviéramos discutiendo, por ejemplo, cómo el policía había podido derrotar al tiburón gigante disparándole con su rifle, *in extremis*, al tanque de oxígeno que el escualo tenía atravesado entre las fauces. La gran mayoría de nosotros habíamos visto la misma película. Lo mismo había hecho la mayoría de nuestros padres y de nuestros docentes y de los empleados de la escuela, así como la señora del transporte y el heladero que nos esperaban en la salida al mediodía.

En esa escuela estudiábamos niños de extracción popular y de clase media, de distintas zonas de la capital de Carabobo. Todos teníamos un televisor en casa y veíamos un rango muy cerrado de

programas –*El planeta de los simios, Tom y Jerry, Mazinger Z, Candy Candy*, y si nos dejaban, *Miami Vice y Cine Millonario*– en los tres canales de televisión abierta que llegaban a la ciudad, el 8, el 4 y el 2. Escuchábamos también un rango restringido de emisiones de radio, igual que los adultos. Si en casa se leían periódicos, eran máximo dos, por lo general uno de los dos regionales –*El Carabobeño y Notitarde*– y uno de los nacionales, como *El Universal, El Nacional y Últimas Noticias*. De vez en cuando había otras revistas venezolanas a nuestro alcance, y unas cuantas revistas internacionales como *Geomundo, Buenhogar, Mecánica Popular, Muy Interesante* y por supuesto *Selecciones del Reader's Digest*.

Lo que casi todos, salvo una que otra gente que viajaba o tenía experticias particulares, sabíamos del mundo y de la cultura humana era en su inmensa mayoría lo que se nos servía en esos pocos, grandes medios de comunicación. Sin mucha diferencia en cuanto a nuestra edad o poder de compra, casi todos recibíamos discursos y estéticas que se parecían entre sí, provenientes de esa Venezuela dominada por dos partidos que nosotros no podíamos distinguir salvo por sus colores, o del Estados Unidos de Ronald Reagan. Era difícil ver algo más audaz que *Radio Rochela* o escuchar algo más de vanguardia que *Vangelis* o el *Génesis* de *Phil Collins*. Ver desnudos o violencia extrema dependía de acceso a video y de un descuido de los adultos. Hasta 1989, todo nos resultaba bastante estable y predecible, y no nos dábamos cuenta de que nuestro mundo real, la sociedad que en realidad éramos, era muchísimo más diversa, compleja y convulsa que ese universo que veíamos por televisión, donde las amenazas reales como el holocausto nuclear lucían demasiado abstractas como para sentir las cercanas, y las amenazas que nos resultaban más palpables y que realmente nos infundían miedo eran francamente improbables, como que nos llevara un enorme tiburón cuando nos alejábamos diez metros de la orilla en Punta Brava.

Ahora volemos de regreso treinta años hacia el presente.

Hoy, en el recreo de media mañana de una escuela en Venezuela o la verdad que cualquier país del continente, sería bien improbable que incluso la invasión rusa de Ucrania se impusiera como tema predominante de conversación entre los alumnos. En un mismo salón de clase, para no hablar de la escuela entera, ningún niño ha visto al mismo tiempo que otro compañero la misma película en el mismo sitio, a menos que por casualidad los hayan llevado a ambos a la misma función en la misma sala de cine. Puede que algunas niñas estén hablando de un show en YouTube o en Netflix que les gusta, y algunos varones de un mismo videojuego, pero sería difícil que lo hubieran consumido todos a la vez la noche anterior. El resto de la clase estaba jugando, viendo, escuchando o leyendo otras cosas en pantallas o, en ciertos casos, en soportes físicos como el libro. Estos niños no pueden comentar con su docente, como lo podíamos hacer nosotros en 1982, eso que acaban de consumir, ni con el profe de educación física. Cada quien pasó su domingo viendo algo distinto, comunicándose con la cultura contemporánea o con el acontecer del mundo de maneras diferentes. Esa discusión sobre *Tiburón* en la que muchos niños distintos podíamos coincidir un lunes en la mañana de 1982, hoy es imposible: los de hoy deben tener pocos temas en común en cuanto a entretenimiento se refiere.

Hoy existen pocos grandes medios que distribuyan a toda la sociedad unos pocos grandes discursos y estéticas. Creo que ni siquiera las Kardashian o Lionel Messi pueden tener la omnipresencia prácticamente universal que por ejemplo tuvo Michael Jackson cuando salió su video clip de *Thriller*, de lo que ni mi abuela se podía salvar de ver en algún momento, aunque no quisiera; mi hija de ocho años no ha visto en su vida un minuto de las Kardashian o de un juego con Messi, sin ningún esfuerzo de

nuestra parte. Cada vez menos gente tiene televisión por cable y más gente se hace su propio menú en *video on demand*, *streaming*, o pasando un dedo por sus apps de Facebook, Instagram, TikTok, Telegram o Twitter. En lugar de unos pocos canales de TV, emisoras de radio y periódicos, hoy lo que tenemos son unas pocas grandes plataformas, cuyos contenidos no son una lista reducida de cosas que van pasando una detrás de otra antes nuestros sentidos, sino un menú cambiante, que se alimenta a sí mismo, y que en la práctica es infinito. En ese menú, nosotros mismos –dirigidos no solo por nuestros propios intereses sino por el algoritmo– escogemos lo que vamos a consumir. Si en 1983 coincidíamos en la misma película los chamos de un barrio del sur de Valencia y de una urbanización de clase media al norte de la ciudad, hoy las diferencias socioeconómicas determinan la potencia de tu señal de internet y el dispositivo para navegar en la red, y por tanto tu acceso al menú inabarcable de opciones.

Salvo ocasionales fenómenos de audiencia como la serie coreana *The Squid Game* o colosales operaciones financieras de entretenimiento como la saga de 18 largometrajes (más los videojuegos, comic y merchandise asociados) del Marvel Cinematic Universe, no podemos tener los consensos sobre productos de entretenimiento que con naturalidad teníamos en 1982 por virtud de las limitaciones del menú de contenidos a nuestro alcance.

Si no tenemos consenso en materia de entretenimiento, en lo que nos da placer ver o escuchar, mucho menos lo podemos tener en muchas otras cosas a las que seremos más reacios a acercarnos, como cuáles son nuestros peores problemas como sociedad y qué debemos hacer para solucionarlos.

Para poder discutir esto último y salvar una democracia o construirla, necesitamos sentar a la mesa a una parte representativa de una sociedad. Los individuos y las organizaciones que estén trabajando por la democratización tienen que dirigirse a los ciudadanos, lograr su atención, hacerles entender de qué se trata, escuchar lo que tienen que decir. Hay que organizar una reunión, digamos, hecha de innumerables conversaciones, debates, peleas, acuerdos y desacuerdos que desemboquen en un consenso. Nadie espera que vayan todos ni que el consenso sea unánime, pero sí que haya un cierto quórum para que lo que se decida tenga alguna representatividad.

Suena difícil, claro, empezando porque el mero proceso de convocar a esa reunión, o lo que es lo mismo, de tener algo que podamos llamar opinión pública, es mucho más difícil que antes. Porque los recursos con los que antes podíamos invitar a la gente a esa mesa, y con los que podíamos presentar los temas que hay que discutir o las propuestas para solucionar nuestros problemas, han perdido su alcance, su voz. Es muy difícil que puedan hacerse oír a través de las puertas cerradas o de las distancias que separan a los miembros dispersos de esa comunidad.

La soledad de Renny

Hace más de diez años, en una época en la que solía escribir sobre nuestros desafíos en materia de respeto a las normas o simple convivencia urbana, era frecuente que algún lector dijera que lo que hacía falta en Venezuela era una campaña como las que hacía Renny Ottolina. Nunca supe si lo que ese productor y animador de televisión dijo en cuanto a respetar los rayados y los semáforos, por ejemplo, tuvo algún efecto, pero sí estaba consciente entonces de que lo que él pudo hacer desde su enorme influencia como una estrella respetada, en *prime time*, en uno de

los dos canales principales y ante una audiencia cautiva, sería imposible hacia 2010. Y ni hablar de 2022. Renny estaría casi predicando en el desierto; no podría tener una tribuna como la que tenía en los 70, sino que para no quedarse atrapado en un medio en decadencia como la televisión abierta tendría que meterse a Youtuber y ahí competir con todos los demás, sin aspirar jamás a alcanzar el público general, de distintas edades y estratos, del que disfrutó en el cenit de su carrera.

Hoy, Renny estaría tan solo como nosotros los periodistas: compitiendo en Internet no solo contra los otros animadores o los otros medios, sino contra todo el contenido que hay en Internet. Es decir, competiría por el minúsculo rango de atención y el disputadísimo tiempo ocioso de las audiencias, contra series, celebridades, chistes, clases online, y cualquier video hecho por cualquier aficionado que te enseña cómo maquillarte, cómo reparar una fregadero dañado o cómo defenderte del chip 5G que el Nuevo Orden Mundial quiere meterte en la sangre por medio de la vacuna anticovid por designio de un magnate húngaro. Por muy bueno que sea Renny, de estar vivo y activo hoy su mensaje llegaría solo a una fracción infinitesimal del público al que llegaba en su momento, aunque hay mucha más gente que entonces, porque todo se fragmentó en circuitos relativamente independientes de producción, distribución y consumo de contenidos, donde el control lo ejercen mucho menos los poderosos ejecutivos de medios del pasado y mucho más un software de inteligencia artificial, y donde por cada Renny hay un millón de aficionados que pueden ser mucho más eficaces -o, como se dice elocuentemente hoy, más virales- que cualquier profesional de la comunicación. Hoy, Renny tendría que hablar a un público que ya está de acuerdo con él, que lo ve en televisión, mientras que los que más deben escucharlo, los que más ignoran las reglas en la calle, no sabrán siquiera quién es él, y aunque usen YouTube como él, nunca se

toparán con su mensaje mientras el algoritmo les propone un adolescente que sabe mejor que Renny cómo llenar los metadatos de SEO (Search Engine Optimization, una de las habilidades más cotizadas del mundo contemporáneo) para hacer visible su show en *stream*, que consiste simplemente en hacer chistes y comentarios hora tras hora mientras navega por un videojuego y agradece en vivo las donaciones que van llegando de sus miles o millones de suscriptores.

Lo mismo nos pasa a todos los periodistas, como a mí, que trabajé en un periódico en Caracas que un domingo podía imprimir 150 mil ejemplares que se distribuían por toda Venezuela... y hoy no imprime ni uno. Aprendí a hacer periodismo ante una gran audiencia contenida en un mismo territorio; ahora tengo que aceptar que cualquier cosa que escriba normalmente será leída, con suerte, por unas dos mil personas repartidas entre Venezuela y unos diez países más. Antes era fácil para mí obtener una entrevista, solo con decir que trabajaba para el diario *El Nacional*; hoy tengo que explicar a cada fuente, si me responden un email, que trabajo para dos medios digitales que muy probablemente no conocen, aunque tienen años funcionando. Y el hecho mismo de ser entrevistado en un medio responsable no es para esa fuente tan atractivo o prestigioso como lo era antes.

Aquí lo fácil es concluir que el chavismo devastó el paisaje mediático venezolano. Pero esto está pasando en todas partes. Con rarísimas excepciones como diarios de alcance internacional como *The New York Times* y *El País*, que han crecido en suscripciones digitales, los diarios y las revistas parecen hacer tomado la misma ruta hacia la desaparición irremediable de la televisión abierta o por cable. Ni siquiera dejar de hacer el gasto de imprimir y distribuir ejemplares en papel los puede salvar, porque los

ingresos publicitarios online de los medios también se derrumbaron una vez fueron absorbidos por Google, Facebook y compañía.

Para mí ha sido muy ilustrativo, y también muy triste y preocupante, ver cómo la fragmentación de audiencias y la aniquilación de medios de comunicación tradicionales es un evento global, que como muchas otras cosas vimos primero en Venezuela pero sin duda forma parte de un cambio histórico planetario. Y lo veo desde un país radicalmente distinto a Venezuela en indicadores sociales, económicos y políticos. El país donde vivo, Canadá, donde me ha tocado ver también cómo el espacio público común es triturado y cómo el debilitamiento del consenso sobre normas elementales de relación colectiva está afectando una de las democracias más estables que existen.

El invierno del descontento

En el gélido febrero de 2022, una curiosa escena tuvo lugar en un tribunal de la capital de Canadá, Ottawa. Uno de los detenidos por la policía al cabo de la protesta de camioneros antivacunas que por tres semanas paralizó el centro político del segundo país más extenso del mundo, el esposo de una de las organizadoras del movimiento, declaró al juez que al violar un montón de leyes mientras participaba en la ocupación del centro de la ciudad estaba simplemente ejerciendo su derecho a manifestarse de acuerdo con la Primera Enmienda. “¿La qué”, preguntó el juez. “¿Qué es eso?” Cuando el acusado intentó explicarse, se dieron cuenta de que estaba hablando de la Primera Enmienda a la Constitución de Estados Unidos, que no tiene validez alguna en Canadá, que es otro país y tiene su propia constitución.

Este hombre estaba repitiendo sin traducción alguna un contenido importado de Estados Unidos y de su alt-right, como lo eran muchos slogans y teorías conspiratorias que los manifestan-

tes ventilaron antes, durante y después de la protesta, y como lo eran también las banderas confederadas y de “*don’t tread on me*” que usan allá los llamados Libertarian (y una que otra esvástica que también ondeó frente al Parlamento de Canadá). Este hombre, como muchos de sus compañeros, no tenía idea de que intentaba defenderse en un tribunal con un argumento legal carente de toda validez en su país, entre otras razones porque una buena parte de las ideas que alimentan su mentalidad y la de ese movimiento le llegaron dentro de una cámara de eco: un círculo vicioso en el que solo lee y escucha contenidos que refuerzan lo que ya está pensando, y por lo tanto está cada vez más aislado de otras opiniones y más convencido de lo que opina. Este hombre desconfía de todo lo que no sean los medios y voceros que le dicen que hay una gran conspiración en marcha para acabar con la libertad de portar armas y con la raza blanca, que las vacunas son un gran engaño para instalar un régimen comunista a cargo de judíos, pedófilos y negros, y que los gobiernos indudablemente legítimos y democráticos de Justin Trudeau, “un hijo de Fidel Castro”, o Joe Biden deben ser derrocados por la fuerza.

Esa cámara de eco se produce no solo gracias al ardid discursivo –que los venezolanos vimos desplegarse desde los primeros años del chavismo– de sembrar sin descanso la percepción de que todo lo que no sea Donald Trump y la nebulosa alt-right, y que por tanto induce a este hombre a ver Rebel News¹ del mismo modo en que el chavista “rodilla en tierra” solo veía VTV, sino porque los algoritmos de sus cuentas de Facebook y Google han

1 Este medio canadiense, clásico ejemplo de lo que se ha llamado “postverdad”, reproduce teorías conspiratorias y desinformación en contra del gobierno liberal, las vacunas, las causas progresistas o el cambio climático, en clara afinidad con el trumpismo, y antes del ascenso de Trump creció ventilando discursos xenófobos y anti islámicos: <https://www.rebelnews.com/>

tendido por años a proponerle contenidos afines entre sí. No necesariamente porque Google y Facebook hayan querido convertirlo en un fanático, sino porque están hechos para hacerte consumir más contenido según las etiquetas inscritas en lo que acabas de ver. Es igual que en Netflix y en Spotify: si me gusta Spinetta, el algoritmo me va a recomendar a Charly y a Fito. Bueno, lo mismo pasó con ese hombre en el tribunal: el algoritmo le dio más Soros, más Nuevo Orden Mundial, más Primera Enmienda.

Esto pasa un año después de aquel asalto al Congreso de Estados Unidos por el que tanto se ha culpado a Facebook y a Twitter (con razón) y a agentes externos que trabajan en redes con ejércitos de trolls y bots para multiplicar los mensajes que alimentan los algoritmos y las cámaras de eco, en particular desde Rusia. Pero también ocurre pocos meses después de que varios políticos en distintos niveles en Canadá hayan renunciado a sus carreras porque no aguantaban el odio por redes sociales. La protesta de camioneros comenzó el mismo día en que Canadá debía conmemorar en un acto público cinco años de la masacre de seis personas en una mezquita en la ciudad de Quebec a manos de un joven de 27 años que estaba convencido, debido a la constante lectura de sites islamofóbicos, de que a los musulmanes en Canadá había que exterminarlos. Menos de un año antes de que otro joven canadiense, de 20 años, arrollara en London a una familia musulmana que simplemente paseaba por la calle, matando a cuatro de cinco de ellos. Y menos de dos años más tarde de que en el mismo país, solo en las seis primeras semanas de pandemia, cerraran para siempre casi cincuenta periódicos². Sí, casi cincuenta periódicos en menos en tres meses, en un país con casi total alfabetismo y sin

2 El dato viene de una investigación citada en este reportaje sobre el estado general de los medios en Canadá, en mi revista favorita del país: The Walrus, <https://thewalrus.ca/future-of-journalism/>.

Diosdado Cabello robándose sus sedes por un juicio amañado de difamación.

Las cámaras de eco y la radicalización están directamente relacionadas con la protesta de los camioneros y con la imposibilidad de que Canadá, donde las vacunas abundan y son gratis para los ciudadanos, haya logrado la vacunación total. Alimentan la reacción al movimiento feminista y antiracismo, así como la xenofobia. Se valen de la crisis de los medios y contribuyen a ella, y minan la confianza en las instituciones, de los líderes políticos y de la idea misma de la democracia, magnificando los errores del liderazgo o atacando sistemáticamente mensajes como “vacúnate para que no te mate el virus y para que no colapse el sistema de salud”.

Y todo esto no es en América Latina, sino en Canadá. Lo recalco no para que nos desanimemos, más de lo que ya debemos estar los que nos preocupamos por estas cosas, sino para tratar de hacer ver que la fragmentación de los medios y de la opinión pública tiene el mismo efecto que la disolución del prestigio de las instituciones que antes podían ejercer algún arbitraje y cohesión social, como las iglesias o los sistemas educativos. No son solo los partidos que se desconectan de la gente y los políticos corruptos o incapaces o que usan la democracia para minarla desde adentro; los mismos políticos decentes o responsables que todavía hay tienen serias limitaciones para transmitir sus mensajes y convencer gente. Un escenario en el que se produce un consenso de gobernabilidad democrática mínima como el del Chile post-Pinochet o el Perú post-Fujimori es hoy mucho más difícil de alcanzar que en 1991 o en 2000.

El ágora rota

Para los antiguos griegos era más sencillo, digamos: en una Atenas de unos pocos miles de habitantes, bastaba con distribuir emisarios por la ciudad que convocaran a los ciudadanos para que caminaran al ágora y participaran del debate. En las sociedades de millones o miles de millones de habitantes, muchos de ellos absorbidos por separado por las pantallas de sus dispositivos, parecemos estar mucho más cerca de novelas distópicas como *1984* o *Fahrenheit 451* que de las luminosas leyendas sobre la Grecia de Pericles que nos legó “el gobierno del pueblo”.

La promesa de libertad que trajo internet consigo se cumplió para la difusión del conocimiento pero también para que el desprecio al conocimiento se regara como un incendio. Las *fake news* y las teorías conspiratorias que en estos dos años se acumularon contra las medidas por la pandemia y las vacunas también dejaron a una gran porción de los estadounidenses creyendo que su actual gobierno es ilegítimo. Antes de eso, los rumores que corren por WhatsApp llenaron de miedo a millones de personas que se lanzaron en brazos de las promesas de seguridad que les brindaban movimientos políticos reaccionarios y autoritarios en India y Brasil. Nos pueden sonar absurdas, pero el daño que hacen es real, y a veces se traduce en violencia y en pérdida de vidas. Actúan contra el combate a los efectos del cambio climático, contra los derechos de todos, contra el reto de la epidemia y la desigualdad. Actúan contra la democracia, constantemente, y de maneras en que no es fácil distinguir la espontaneidad del ciudadano común de la acción organizada de un agente político que está atacando la relación con la verdad y con las instituciones comunes que hacen posible el hecho democrático día a día, en los países donde todavía podemos decir que lo hay. En 2021, el *Democracy Index* de *The*

*Economist*³ registró el peor puntaje desde que empezó a hacerse en 2006: 5,28 sobre 10.

¿Hay esperanza? Me hago esa pregunta mientras el país de origen de un millón de canadienses, Ucrania, está siendo invadido y masacrado por una potencia militar autocrática solo porque en 2014 emprendió un camino de democratización. Y a algunas semanas de que me di cuenta de que el acoso a los periodistas que vi mediante los medios que estaba ocurriendo en Ottawa durante la protesta, era exactamente igual⁴ no solo al que los seguidores de Trump han desatado en Estados Unidos, sino al que nosotros mismos vivimos tantas veces en Venezuela desde al menos 2001.

El ágora griega que los clásicos describían como una concurrida plaza bajo el sol, y que hemos tratado de recrear muchas veces en los dos últimos siglos, puede parecernos hoy tan derruida como el Muro de Berlín. Cuando los periodistas angustiados por estas cosas, o los demócratas en general, nos encontramos inermes ante una sociedad que no escucha y no quiere escuchar, sentimos que del ágora solo quedan fragmentos, esquivas, que podemos llevarnos en la mano como un souvenir, o más bien una reliquia religiosa.

¿Hay esperanza?

Creo que sí, o más bien creo que hay que tenerla, y mejor dicho creo que hay que trabajar por esa esperanza. Hacer lo que uno tiene que hacer. Los periodistas tenemos que hacer valer la

3 Lo pueden ver aquí, pero sírvanse un ronquito primero: <https://www.economist.com/graphic-detail/2021/02/02/global-democracy-has-a-very-bad-year>.

4 Aquí un caso, entre muchos, de lo que podemos llamar círculos bolivarianos bajo cero: <https://www.thewrap.com/canadian-freedom-convoy-protesters-shout-obscenities-live-report/>

verdad y hacer nuestro trabajo bien, hacer lo correcto, en vez de decir cualquier cosa por un click de más. Pero tenemos todo en contra, y el trabajo no es solo nuestro.

Tiendo a pensar también que la misma generación de mis padres que tanto dice extrañar la democracia, la dio por sentado, la dejó perder, votó por golpistas y por charlatanes, y ahora se queja de que nosotros no hacemos nada. Como también tiendo a pensar que la generación que sucede a la mía es mejor. Lo digo por los jóvenes con los que tengo contacto en mi trabajo, a los que trato de enseñar algunas cosas a cambio de lo mucho que ellos me enseñan a mí.

Mi hijo de 26 años tiene claro qué es una tiranía y qué no, de qué sirve una verdad y cuánto mal hace una mentira. Y mi hija de 8 llegó contando el otro día que en su escuela pública, en Montreal, hay un lugar donde los niños más pequeños se reúnen en sus momentos de descanso a jugar, a comer o a leer.

¿Cómo se llama ese sitio en la escuela?

Ágora.

La cultura como marca fundamental de lo humano

Ana Teresa Torres

La creación cultural es libre (art. 98).

Los valores de la cultura constituyen un bien irrenunciable del pueblo venezolano y un derecho fundamental que el Estado garantizará mediante las condiciones, instrumentos legales, medios y presupuestos necesarios (art. 99).

De la Constitución Nacional, 1999.

Nos interesa, mirando hacia el futuro, cambiar nuestra visión del pasado y demostrar que Venezuela no es solamente una patria de guerreros y caudillos como sostienen algunas retóricas nacionalistas. Venezuela es también la patria de los que, lograda la Independencia, se encontraron con un país que había quedado en la mayor pobreza y se dedicaron a la ardua tarea de construir una república y levantar la economía destruida durante la guerra. Es también la patria de los que durante el resto del siglo XIX se plantearon las tareas de la educación y el pensamiento en medio de una gran penuria y una constante lucha de facciones, y fue en ese país en el que surgieron las primeras explotaciones de electricidad y petróleo, que con el paso del tiempo se transformaron en grandes industrias de tecnología avanzada. Es también la patria de los que a mediados del siglo XX comenzaron las políticas sociales, hasta el momento casi inexistentes, y las desarrollaron durante las décadas de la democracia representativa; la misma época en la que se

crearon nuevas universidades en las que se educaron importantes figuras de nuestra medicina, educación, ingeniería, ciencias sociales, humanidades. Y es la patria de escritores, artistas, artesanos, y otros muchos creadores de cultura que constituyen un valioso patrimonio tangible e intangible, y, no menos importante, es también la patria de millones de hombres y mujeres que desde el oficio más modesto construyen la vida productiva del país.

Nuestra reserva de valores es suficiente para edificar la cultura de la venezolanidad. Esta producción en cualquier área en que se desarrolle forma parte fundamental del patrimonio de las naciones y contribuye a su posicionamiento como país en el diálogo internacional; a la imagen que del mismo se tiene, a la valoración que se hace de su perfil político, y a la autoestima nacional. La consolidación de la dignidad y valoración de los pueblos está directamente relacionada con la autoestima que derivan de su contribución a la producción económica y cultural del mundo y es inquietante la pobre autoestima que de sus valores y producciones tienen los venezolanos, lo que en gran medida es consecuencia de la pobre información y formación que han recibido en este tema. Esa es una de las causas de que a la hora de buscar méritos y relatos en los cuales sostenerse, aparecen los mitos heroicos y guerreros, aplaudidos desde muchos ángulos, y pocas veces la narrativa nacional incluye los valores de la ciudadanía y de la paz.

La cultura es el eje transversal que sostiene el desarrollo y bienestar de los pueblos, y a pesar de ello la acción cultural con frecuencia se sigue considerando superflua, suntuaria, por no decir innecesaria, a lo sumo una suerte de actividad recreativa que no debe ocupar demasiada consideración ni financiamiento. Y es más que lamentable porque indica que no se ha comprendido que la cultura es una de las fuentes principales de la ciudadanía, y que de su desarrollo deriva el social, económico, y político. No

quiere esto decir que lo ideal es un país en el que todos sean artistas o grandes creadores, ni siquiera que se trate de un país principal en las manifestaciones culturales universales. Pensemos en los modos de vida, en el ejercicio ciudadano, el respeto por las cosas que dignifican y dan disfrute a la existencia, el orgullo de los valores y aportes a la cultura universal que nos identifican en el mundo. Nada de eso es improvisado. Requiere una acción persistente por parte de la sociedad misma en crear su cultura propia, en mantenerla y respetarla, y no menos, costearla.

Las acciones culturales constituyen vehículos extraordinarios para promover el sentido de pertenencia, el respeto por el patrimonio tangible e intangible de la nación, y fortalecen la vinculación social y el respeto por la diversidad. Promueven la identificación con valores de solidaridad, construcción, paz y disfrute de la existencia, así como las aptitudes y talentos, y el crecimiento intelectual y creativo de las personas. Por otra parte, los productos culturales pueden establecer ejes de correlación con las empresas económicas, que descarten la visión de la cultura como subsidio y al mismo tiempo la inserten en el sector productivo. Ciertamente no todas las acciones culturales serán contablemente redituables. El beneficio es necesario verlo en términos sociales, como una fuente primordial en la construcción ciudadana porque la cultura es el corazón de un país.

En el pasado el Estado venezolano creó un buen número de instituciones e hizo muy importantes inversiones en acciones culturales (editoriales, festivales, orquestas) y en infraestructura (bibliotecas, museos, teatros), lideradas por notables personalidades del mundo cultural, pero nunca estuvo firmemente arraigado el convencimiento de que esa inversión formaba parte fundamental de cualquier política social. No solamente el Estado, también la sociedad civil, incluso en sus sectores ilustrados, ha sido, salvo

honrosas excepciones, poco proclive a situar el hecho cultural en un rango importante. Cualquiera estará de acuerdo en el valor de la educación escolar, pero frente a la educación cultural la posición es bastante ambigua, quizás porque el hecho cultural se ha percibido más como privado que público. Y sobre todo ha sido difícil asimilar que en el mundo contemporáneo el concepto de cultura ha superado las tradicionales fronteras entre cultura de elites, cultura de masas y cultura popular, a fin de incluir no solo los distintos sectores de intereses y necesidades, sino los nuevos espacios culturales y tecnológicos. Si se quiere mantener la división por comodidad de lenguaje debe tenerse muy en cuenta que se puede dividir el objeto cultural pero no el sujeto de la cultura, y que es necesario permitir que el libre ejercicio de la ciudadanía desarrolle sus propios instrumentos de creación y producción en un país diverso y multicultural, como son los países democráticos en los que coexisten intereses y motivaciones según la edad, el género, las tradiciones, los modos de vida y las aficiones particulares. Una política cultural de Estado -lo que es muy diferente a una cultura estatalmente dirigida- requiere partir de una noción colectiva y a la vez atenta a la diversidad. Así debería ser el caso de Venezuela.

Cultura y pobreza

Los países pobres se caracterizan por tener elites cultivadas y consumidoras de los productos culturales del primer mundo, versus grandes sectores excluidos de los bienes y servicios culturales. Podría decirse que ello ocurre en otros ámbitos, salud, educación, vivienda, etc., y que finalmente responde a las condiciones de la pobreza, pero el asunto sobre el cual es importante hacer énfasis es que una de sus causas es precisamente la exclusión de esos bienes en una suerte de círculo vicioso. Es necesario insistir en que para llevar a cabo la acción cultural no es necesario esperar

a que todos los problemas relacionados con la pobreza se resuelvan, sino al contrario, comprender que no se resolverán sino se parte de la visión de que la cultura es una herramienta fundamental en esa lucha. Para que una persona pueda participar de los bienes culturales de su sociedad tiene, primero, que constituirse como sujeto de cultura. Es decir, sentirse parte de una comunidad que desarrolla acciones en función de mejorar u dignificar la existencia, para así construirse como actor y receptor de esos bienes. La exclusión de grandes sectores de la población de los bienes y servicios culturales es necesario considerarla como uno de los efectos mas perniciosos y graves de la pobreza, que lleva adjunta la privación cultural y limita drásticamente las posibilidades del desarrollo humano de las personas y las comunidades. La acción cultural es un factor indispensable dentro de las políticas públicas que tienden a eliminar tanto sus efectos como sus causas por ser de alto impacto en la lucha contra los efectos destructivos que la pobreza produce en el tejido social en términos de exclusión, pérdida de cohesión social, baja autoestima e iniciativa, y deterioro de los valores ciudadanos.

Sabemos que las personas que viven y crecen en comunidades excluidas generan otras fuentes de ciudadanía ligadas a valores disonantes con relación a los patrones de bienestar y logro propios de las comunidades incluidas. Es necesario preguntarse qué ocurre con los valores generados por la educación formal (trabajo digno, metas de bienestar, valoración e inserción ciudadana) cuando resultan disonantes con los valores y signos de prestigio de la comunidad, así como con los resultados tangibles en términos económicos. Para que los valores de ciudadanía generados en niños y jóvenes a través de la educación formal tengan apoyo requieren estar acompañados de una mínima consonancia con los valores generados por la comunidad de referencia. En ese sentido la facilitación y promoción de acciones culturales que vinculen a

la comunidad con valores ligados a su dignificación, el disfrute de la creatividad positiva, y la participación ciudadana es fundamental. La pobreza requiere considerar al ser humano en su complejidad, y un pivote fundamental es su dignificación como sujeto de cultura. Es decir, su dimensión valorativa, de identidad, de lugar en la red simbólica. La acción cultural es un factor indispensable dentro de las políticas públicas que tiendan a eliminar tanto los efectos como las causas de la pobreza por ser de alto impacto en la lucha contra los efectos destructivos que la pobreza produce en el tejido social en términos de exclusión, pérdida de cohesión social, baja autoestima e iniciativa, y deterioro de valores ciudadanos. Sus efectos consolidan redes de identificación comunitaria. Enseñan a los individuos a participar conjuntamente de la recreación positiva. Convierten el ocio en producción creativa. Participan de la prevención de la delincuencia y embarazo precoz, dos factores que gravitan sobre la población adolescente pobre. Mejoran sustancialmente la capacidad de los individuos y las comunidades en la realización de proyectos útiles y benéficos para sí mismos. Insertan a los sujetos en la red simbólica que representan sus tradiciones, la actualización de sus habilidades y talentos, la identificación con valores de construcción, paz y disfrute, y ofrecen referencias de autoestima frente a la violencia y desvalorización a que los ha sometido la exclusión.

Para trabajar en función de una estrategia de desarrollo social y productivo en la construcción ciudadana, es necesario establecer en orden prioritario el problema de la exclusión del sujeto del discurso cultural; a) en términos de su pertenencia a la tradición y producción de bienes culturales de la sociedad; b) en términos de la exclusión territorial de las instancias y acciones donde se desarrolla esa tradición y producción. La incorporación, por lo tanto, debe actuar también en ambos sentidos: a) la producción de acciones culturales propias y desarrolladas en el ámbito local,

y b) la vinculación de las comunidades con las acciones producidas por las instituciones culturales en el ámbito extenso. Los efectos deseados son, por un lado, la apropiación interior de la acción cultural que lo construye en sujeto de cultura; y por otro, la apropiación territorial que le permite reconocer simbólicamente los bienes públicos compartibles.

Literatura y construcción de personas libres

Esta es la historia de una niña tan pobre que creía que el agua corriente era un invento de las telenovelas. Una persona que vivía bajo la dictadura de la pobreza hasta que el azar le abrió la puerta. La conocí fugazmente años atrás en una feria de libros. Era entonces una mujer de unos cuarenta años y mientras hablábamos se fue mostrando como alguien que valoraba mucho la lectura y que con mucho esfuerzo había alcanzado un título de educación superior. Me contó también que su vida no había sido como la de las otras muchachas del barrio en el que nació. No pude desaprovechar esta oportunidad y le pregunté cuál era la razón para que su vida fuera distinta. Leer, me dijo, los libros que pude leer. La pregunta consiguiente era saber de qué manera había logrado acceder a los libros. Resultó que un vecino trabajaba en una biblioteca y a veces se llevaba libros a su casa, y se los prestaba. Los libros me cambiaron la vida, dijo. Esto era precisamente lo que yo estaba buscando, que alguien me confirmara lo que siempre he pensado: que un libro puede cambiar una vida. Pero ahora tenía que saber cómo se había producido ese cambio, y le pregunté qué libros recordaba. Mencionó varios, entre los cuales me llamó la atención *Las aventuras de Tom Sawyer*, porque forma parte de mis propias lecturas de infancia. ¿Y qué era lo que había encontrado en aquel libro de aventuras que probablemente ya no les interesa a los niños contemporáneos? Que la vida puede ser de muchas maneras, me respondió. No creo que haya mejor respuesta. Con seguridad Mark

Twain, cuando escribió las aventuras de Tom Sawyer y Huckleberry Finn en el Mississippi, allá por 1870, no podía suponer que una niña venezolana, en un barrio pobre de Caracas, ciudad de la que probablemente nunca había escuchado nada, un siglo después leyó sus libros prestados por un empleado de una biblioteca pública, y eso cambió su existencia para siempre. Los libros no son solamente un entretenimiento para aquellos que se dedican a leer y escribir, que evidentemente son una minoría en todas partes del mundo. Los libros son para la vida, para ayudar a mejorarla, a cambiarla, a expandirla. La literatura es una ventana que abre el mundo porque somos en el lenguaje, nos constituimos en las palabras. Y la palabra escrita es la posibilidad de que unos signos, arbitrarios y diferentes según las lenguas y las culturas, contengan eso que llamamos el mundo: lo que existe, pero también lo que imaginamos que existe. Lo que es y lo que puede ser. No es solamente que los libros contengan información acerca de la realidad, sino que, al producirse el fenómeno por medio del cual una persona aprehende esa realidad, todo su mundo interior, toda su vida se expande. Y eso puede ocurrir con un libro de química, o de historia, o de poemas, o de aventuras.

Por otra parte, y ya para finalizar, si pensamos como veíamos al principio, en términos futuristas, si visualizamos la ruptura del diálogo nacional que se viene produciendo, las distorsiones de la identidad histórica y social, la desarticulación del tejido social a través de la violencia en todos los órdenes, pareciera que el hecho, la acción, la valoración cultural, son los instrumentos más preciosos en el proceso de reestablecer un sentido de reunificación porque actúan precisamente en el nivel simbólico de la sociedad. Los libros constituyen un campo ideal para conocer los imaginarios que los venezolanos han ido atravesando en su historia, los problemas, los sufrimientos, las penalidades, los exilios, pero también las conquistas, avances y recorridos, su alma secreta. Gran

parte de la historia venezolana vive en sus páginas, relatada a través de la voz de las novelas, los cuentos, los poemas, las crónicas. Los libros son un lugar que alguna vez reconoceremos como el tejido del reencuentro y de la reconciliación, porque en ellos se da cuenta de los sacudimientos y al mismo tiempo de la pacificación de los odios. La historia íntima de Venezuela puede leerse en su literatura, desde las épocas míticas hasta la diáspora. La pluralidad de la sociedad venezolana respira allí.

Contar la vasta dimensión de nuestra tragedia

Héctor Torres

La literatura se alimenta de la existencia de dos mundos, opuestos en su naturaleza pero forzosamente complementarios: el de la creación artística, esquivo a toda sistematización, y el de la industria editorial, regido por las pragmáticas leyes del mercado.

La profesionalización de la literatura de un país pasa por la consolidación de un mercado y de una industria editorial. En el nuestro, la historia de esa industria ha estado directamente relacionada con los avatares del Estado. Y ha sido una historia plagada de ironías y contradicciones.

Los autores de los años 80 y 90 del siglo pasado, por ejemplo, contaron con valiosas políticas estatales de difusión, pero tenían un mercado más bien exiguo. En la decena de años ubicados más o menos entre el 2005 y el 2015, en cambio, teniendo al Estado dedicado casi exclusivamente a usar la literatura como vehículo de propaganda ideológica, esa industria (y, por ende, la creación literaria) gozó de un floreciente crecimiento y de un mercado entusiasta.

Dado que la historia contemporánea de nuestra industria editorial ha estado, para bien y para mal, ligada a la presencia del Estado, y montados sobre la actual devastación del panorama literario en general, trataré de esbozar unas notas que me permitan,

revisando esa historia reciente, tantear un posible escenario del futuro inmediato.

La anécdota que relataré a continuación la refirió Andrés Boersner, propietario de la reconocida librería Noctua, ubicada en el Centro Plaza, en Caracas. Eran los últimos años del siglo XX. Como todo librero que se haya ganado ese título en base a su prestigio, los clientes de Andrés confiaban ciegamente en sus recomendaciones literarias. Solían llevarse todo libro que él pusiese en sus manos. Era un asunto incuestionable hasta el momento en que él recomendaba un autor venezolano. En esos casos, la reacción usual de sus clientes era arrugar el ceño y decir, más o menos de forma invariable: “¿Venezolano?, no, no me interesa”.

Contaba Boersner que era difícil persuadirlos argumentando la calidad literaria y la hondura de las reflexiones del autor. La sólida barrera del prejuicio solía ser infranqueable, incluso para su prestigio de librero.

Y sí fue hasta la llegada del chavismo al poder. Entonces, esos lectores tan reacios a consumir autores locales, entendieron que aquello que nos estaba ocurriendo a una velocidad mayor de lo que éramos capaces de asimilar, requería algunas claves proporcionadas por observadores acuciosos, que dieran un poco de orden a esa caótica realidad. Y, que esos temas, aún incipientes para el panorama mundial, solo se encontraban en la esfera de las reflexiones de los autores locales.

Libros de periodistas de investigación, de historiadores, de analistas políticos comenzaron a ser, primero leídos con atención, y luego buscados con avidez. Ese querer saber qué estaba ocurriendo y para dónde íbamos los llevó a buscar claves en nuestra historia. De dónde venimos, cómo no nos dimos cuenta, por qué desembarcamos aquí... Cuarenta años no habían hecho creer que

esa breve y relativa calma abarcaba y explicaba nuestra historia presente y futura.

Y fue así como esos lectores, que se propusieron leer con interés libros de autores locales sobre periodismo e historia, comenzaron también a buscar claves de la críptica realidad en las novelas históricas, y en la creación novelística en general, intuyendo que esas voces que narraban su presente atisbaban en el horizonte algo que había permanecido oculto y que podía darnos pistas sobre ese lugar a donde nos estábamos desplazando.

Ya a mediados de esa primera década del presente siglo, comenzaría una breve pero febril relación de los lectores venezolanos con sus narradores, haciendo crecer su industria editorial a un ritmo que parecía augurar momentos de gran esplendor.

Pero, ¿qué ocurrió durante las décadas previas? ¿Cómo estaba la producción editorial venezolana en esos años? Había, sin duda, importantísimos proyectos, como la Editorial Monte Ávila, nacida en el año 1968. O la ambiciosa colección de la Biblioteca Ayacucho. Ambos proyectos eran hijos de una Venezuela petrolera que se sentía vanguardia en el continente. De allí que Monte Ávila publicara consolidadas firmas de la región y contara con excelentes traducciones de importantes autores mundiales; y Biblioteca Ayacucho realizara acuciosas investigaciones y sistemáticas compilaciones de los nombres que conformaban el corpus de la literatura latinoamericana. Y existía, además, Fundarte, editorial dedicada a difundir la obra de las voces en proceso de consolidación de la Venezuela de entonces.

Y así, cada ministerio, cada gobernación, tenía su sello editorial.

¿Por qué entonces los clientes de Noctua miraban con desconfianza a los autores locales que les recomendaba Boersner? ¿Podríamos tomar eso como un perfil de los compradores usuales de libros de esa época? En todo caso, ¿por qué, salvo un puñado de valiosos nombres, la obra contemporánea venezolana no era, no digamos comprada, sino en muchas ocasiones desconocida por la gran masa de los lectores? ¿Era un asunto de calidad o de prejuicio? ¿De mercadeo o de clima?

No es fácil aventurar una respuesta a esas preguntas. Lo cierto es que, con su necesidad de polarizar e imponer su relato histórico, la insurgencia del chavismo en el panorama venezolano agitó las aguas de nuestra sociedad y, de forma indirecta, contribuyó al volcamiento de los lectores venezolanos hacia libros que le explicaran lo que estábamos viviendo.

Durante ese decenio, no solo se consolidaron o florecieron diversas iniciativas locales, sino que además algunos importantes sellos trasnacionales, como Planeta, Alfaguara, Mondadori, Norma y Ediciones B, se establecieron en nuestro país, con números de ventas cercanas a la media de la región.

Al chavismo se le hizo cuesta arriba, por esa vía, consumir su agenda de apropiación del relato nacional. La literatura, como todas las artes, debe seducir, no imponerse. Proponer diversidad, no uniformidad. Ofrecer el deleite de leer, no el deber de “prepararse para la batalla de las ideas”. Por eso todos sus esfuerzos por ideologizar a través de su oferta editorial, tropezaron con un público que se había encontrado con sus autores y con el goce lúdico de construirnos como sociedad a partir de la diversidad de las miradas.

De hecho, en 2009, la Cámara Venezolana del Libro, la Alcaldía de Chacao y la Embajada de España en Venezuela, basándose

en la tradición de Saint Jordi, se unieron para organizar un Festival de Lectura en la Plaza Francia, de Altamira, el cual se extendió por cinco días.

En adelante, y en medio de ese incipiente aunque animado reencuentro de los lectores venezolanos con sus autores, la tradición de Saint Jordi siguió siendo la excusa para convocar en ese espacio actividades a partir del 23 de abril, dando nacimiento al Festival de Lectura de Chacao. Al año siguiente, bajo el lema “Palabras al vuelo”, el festival no sólo aumentó su capacidad de convocar editoriales y público, sino también el número de días dedicados a ese evento, llevándolo a diez, que fue el formato que mantuvo durante varios años.

Ya en la cuarta edición, en 2013, la organización esperaba la asistencia de unos 130 mil visitantes, y al cierre de la jornada, contabilizaron cerca de 200 mil, los cuales caminaron entre stands, compraron libros, asistieron a presentaciones, charlas, eventos infantiles y conciertos musicales, en cada uno de los cuatro espacios dispuestos en la Plaza.

El año 2014 ocurrió el segundo punto de inflexión de nuestra historia reciente, luego del 2003 (año del paro petrolero), dentro de esa determinación del chavismo de aferrarse al poder a cualquier precio. Ese otro punto de inflexión se daría con la marcha del Día de la Juventud del 2014 cuando, en el centro de Caracas, cayeron asesinados el joven Bassil Da Costa y el dirigente chavista Juancho Montoya, a manos de pistolas disparadas por funcionarios del Sebin (según lo demostró la unidad de investigación del diario Últimas Noticias).

Ese año, que marcó el inicio del recrudecimiento de la represión en Venezuela, propició fracturas en nuestra sociedad. Una de ellas fue la que se produjo entre quienes sentían que eventos

como la feria del libro eran actos de resistencia al deseo del chavismo de copar todos los espacios públicos, y los que lo veían como una indolente fiesta que irrespetaba el dolor de las víctimas de la represión.

La visión militar y la épica con la cual se amamantó a nuestra sociedad, comenzaron a tomar las riendas del discurso. Algunos se desesperaban y se volvían intolerantes a toda forma de organización de la sociedad que no estuviese orientada al desplazamiento del chavismo del poder. Eso de cambiar el sistema desde abajo, de desarrollar la vida en la verdad y otros conceptos que requieren tejerse en paciencia, se reñían con la desesperación por salir de la pesadilla.

El Festival de lectura tenía sus años contados. La última edición, en medio de tropiezos, exacerbación del ánimo colectivo y una enorme frustración por todas las luchas dadas sin resultados, fue en diciembre de 2017, y cerró el ciclo volviendo al formato de cinco días de la primera edición.

Luego vendría la tierra arrasada. Hiperinflación, pauperización del ingreso, éxodo de editoriales y autores (y de millones de ciudadanos, por supuesto), cierre de librerías, emergencia humanitaria... Eso fue asfixiando ese breve momento en que la literatura venezolana dialogaba con sus lectores. En la actualidad, solo cinco librerías se mantienen abiertas en Caracas. Y las editoriales no corrieron con mejor suerte. En ese marco, los autores jóvenes no solo carecen de espacios de difusión, sino que desconocen a las voces que, hace apenas diez años, abrían el camino para las generaciones siguientes. Hoy por hoy, el grueso de nuestros narradores vive fuera del país, tratando de hacerse espacios en mercados en donde no son conocidos.

Como nuestros autores de los ochenta, que no tenían un público al cual hablar, nuestros escritores en la diáspora se dejan colar por mínimas rendijas de las industrias editoriales de España, en mayor medida, y de Miami, México o Colombia, sin demasiada visibilidad ni capacidad de incidir en los imaginarios de su momento.

Es un comenzar de nuevo. Para los que están afuera y para los que están adentro.

Durante décadas, la literatura venezolana fue la gran ausente de los mercados internacionales. La explicación que nos dábamos entonces era que, a diferencia de los países del Cono Sur, el venezolano no tenía tradición migrante. Muchos migrantes sureños llegaron a universidades y editoriales de países con tradición editorial, como España y México, desde donde facilitaban la publicación y la difusión de sus compatriotas, irradiando sus nombres hacia otros mercados.

Buena parte de nuestros escritores viven fuera del país. Y muchos dan clases en universidades e, incluso, trabajan en editoriales de países con una industria sólida. Sin embargo, a pesar de ser un hipotético espejo en el que podrían mirarse los países de la región, y de ese número cada vez mayor de autores que consiguen su espacio en esos mercados, aún el asunto es bastante incipiente.

¿Qué diferencia nuestra migración, nuestra tragedia sociopolítica, de aquellas que vivieron en su momento los países del sur? Posiblemente no se trate solo (o tanto) de un asunto de estrategias como de nuestra ubicación en el espectro político. Las dictaduras del Cono Sur eran de derecha. El mundo estaba atento a sus autores, a sus denuncias. Los movimientos dentro de las universidades estaban prestos a denunciar las atrocidades de esas

dictaduras, a difundir las luchas de esos pueblos y a lamentar las historias de sus desaparecidos.

La venezolana, en cambio, padece la misma doble tragedia cubana: no solo sufrir regímenes atroces que pisotean los Derechos Humanos, sino que, además, sus tragedias no son “mercadeables” en los ámbitos culturales y académicos, tanto latinoamericanos como del mundo. Es la tragedia de la diáspora que huye de un gobierno “de izquierda”: No es “tan cierto” lo que se dice de Maduro. “Ustedes salieron porque son parte de la clase privilegiada”. “Los gringos lo que quieren es meterle mano al petróleo venezolano”... Viejos mantras de los que parece imposible sacar a opinólogos que no conciben un resquebrajamiento en sus anquilosados sesgos.

De hecho, los grandes nombres de la crónica latinoamericana actual, tan visibles y con tanto mercado, no parecen sentir mucho interés en venir a enterarse y contarle al mundo nuestra increíble realidad. En nuestras calles pululan historias de desaparecidos, de asesinatos en las barriadas populares por parte de los cuerpos policiales, de niñas esclavas que son apostadas en las minas del sur, de abuelos que mueren de mengua porque sobreviven con siete dólares al mes. Pero, en esa decadente lógica binaria que aún hace vida en ambientes universitarios y culturales, los buenos no pueden ser los malos. Aunque el mundo se siga moviendo, ellos se mantienen deambulando en sus circuitos, dirigiéndose a sus audiencias de siempre, departiendo en los espacios en los que siempre han hecho vida.

Le ha tocado, entonces, a los venezolanos abrirse paso solos. Y parece un buen momento para la literatura testimonial. Esa urgente literatura que deja registro de lo vivido. Esa que será insumo para las obras del futuro, pero que necesita, por temor

al olvido, dejar plasmados sus gritos heridos por los tiempos que se atraviesan. Es en la literatura testimonial de estos tiempos que están los insumos de lo que escribiremos durante las próximas décadas.

Es una de las tantas paradojas que nos ha tocado vivir: la época más difícil para ser publicado es la más febril y potente para ser escritor. Es el peor, pero a la vez el mejor sitio para ejercer el periodismo y la literatura. A los que asuman el reto quizá nadie los publique en lo inmediato, pero en ningún otro lugar del mundo podrán estar tan cerca de los límites a los que se expone la condición humana, que es la materia prima de la literatura.

Parece temprano para la gran novela de la dictadura. Parece temprano para las conclusiones. El dolor apenas comienza a ceder. Apenas se asienta, no se cierra un ciclo. La literatura de un país es más larga que la vida de sus protagonistas. En esta dramática atomización que estamos viviendo, en medio de este tormento y esta nostalgia (combustibles clásicos de la literatura de todos los tiempos) está la semilla de la obra que emergerá en un futuro. Después de todo, los dos grandes poemas que dan inicio a la literatura occidental cuentan una historia de guerra y un viaje de regreso a casa.

Derrotada en todos sus intentos de expulsar al chavismo del poder, nuestra sociedad asume una nueva realidad, como primer paso hacia una manera distinta de vernos, y comienza a amalgamar un nuevo relato (de país, en principio). Comenzamos a reubicarnos en un mapa. Aceptar la pérdida, entender que no bastó la lucha que dieron millones de ciudadanos, enterrar a nuestros muertos y curar nuestras heridas es parte de la lenta mistura de un nuevo imaginario social, ajeno a ese impaciente de la épica con la cual nos amamantaron.

Es una vuelta de tuerca que nos hace mirar más adentro. No ya del país, sino de ese desconcierto, de esa rabia y esa desesperanza, de esa fatiga y esa apatía por todo lo que nos han dejado estas convulsas, dolorosas e inolvidables primeras décadas del siglo.

La experiencia de Venezuela es valiosa para el continente. Es la historia de un país lleno de recursos y posibilidades que fue expoliado hasta hacerlo quebrar. La historia de una paz pactada convertida en pesadilla colectiva. Del populismo, de la corrupción, de un poder capaz de todo por sostenerse a toda costa. Pero también de una sociedad que combatió en todos los escenarios que pudo. Y que mantuvo, con todo en contra, silenciosas gestas de asistencia al prójimo. La historia de gente que recoge los pedazos y trata de ver qué hace con lo que tiene.

Nos toca asimilar la terrible historia que nos ha tocado vivir. Y, asimilándola, usar esa materia prima para producir historias que sepan expresar eso que estamos viviendo. La vara es alta, porque tenemos que enfrentar el descreimiento y la suspicacia de los ámbitos culturales del continente y la apatía de un mundo que va perdiendo la capacidad de asombro. Y a ese carácter efímero que las redes sociales le están dando a toda tragedia.

Visto en perspectiva, a cinco años del declive de un florecimiento sin paralelo en nuestra historia editorial (aunque luzca como si fuesen décadas), nos toca entender que tal florecimiento no era el destino final, sino una estación en el camino. El nuevo reto es el de contar, a un público entumecido, la vasta dimensión de nuestra tragedia. Y en esa indescifrable lotería que es el talento para narrar, ya recaerá sobre algún nombre esa claridad para articular y sintetizar esto que aún no tiene nombre, que nos ha tocado padecer.

Ya supimos hacer un mercado. Ya tendremos una economía que hará los reajustes que nos permita ir recuperando espacios perdidos. Habrá espacios y habrá lectores. Y cuando logremos asimilar y contar esta historia emergerá un gran momento de nuestra literatura: ese que cuente al mundo, finalmente, la dimensión de lo que nos ha tocado vivir.

Ricardo del Búfalo: “La cultura debe interpelar a la sociedad”

Paola Bautista de Alemán

Los testimonios son fuente extraordinaria para comprender la hora presente y avanzar en la difícil tarea de reconstruir lo vivido. En esta edición de *Democratización*, dedicada a la cultura, hemos vuelto con renovado empeño a esta idea que nos mueve desde nuestros inicios. Cuando el horizonte luce difuso, vemos con especial importancia nuestra tarea de recoger el presente con el propósito de custodiar el pasado y construir futuro.

Movidos por esta intención, sostuvimos una conversación con Ricardo Del Bufalo. Ricardo es un joven guaro que nació el 02 de diciembre de 1991 en Florencia, Italia. Tres meses después de llegar a este mundo, “emigró” junto a su familia a Venezuela. Y tres días después del golpe de Estado que lideró el teniente coronel Hugo Chávez Frías el 04 de febrero de 1992, aterrizó en Maiquetía. Por eso, no duda en afirmar con cierta desilusión: “Yo nací con el chavismo. De alguna manera, esto ha marcado mi vida”.

Se define como comediante. Es guionista, comunicador social y tiene amplia experiencia en el mundo digital. Compone, hace *Stand up comedy*, dicta talleres, escribe y va dejando rastros de la Venezuela que le tocó vivir. Lo que pasa en el

país no le es indiferente. En 2021, sacó el álbum "Venecadencia". Se podría decir que le dio ritmo y le puso letra a la crisis humanitaria compleja que aún hoy nos afecta. En esta conversación, hablamos sobre ese disco y sobre otros temas.

—Sin duda alguna, el título "Venecadencia" es un guiño a José Rafael Pocaterra. ¿Cómo llegaste a esa referencia?

Descubrí a Pocaterra cuando tenía 15 años. Cuando lo leí por primera vez, pensé: "Qué bolas que esto pasó en nuestro país. Ojalá nunca más nos pase". Pero años después, ocurrió. Llegó el chavismo y los presos políticos... todos los horrores que narró Pocaterra volvieron a Venezuela. Y, revisando el texto a lo largo de los años, me encontré con el pasaje del Dr. León. El Dr. León estaba preso y todas las mañanas uno de los esbirros se le acercaba para pedirle que le contara un chiste. Y el Dr. León siempre le echaba un chiste. Pocaterra no explica por qué lo hacía. Quizás era por miedo... pero lo cierto es que eso hacía que el opresor se riera. Y esa risa, los humanizaba. Porque el Dr. León se esforzaba por interactuar y, durante esos minutos, el guardia lo veía como un ser humano.

La risa compartida hacía que el guardia viera en el Dr. León a una persona y no a una cosa que estaba amarrada a un grillo. Igual eran crueles con él. Pero la risa compartida los humanizaba. Esa risa generaba una conexión que es importante. Porque es muy fácil para el enemigo destruirte si te considera un perol. La humanización es el inicio de una posible salvación, porque lo compartido sienta las bases para un posible perdón. La profundidad de este pasaje me hizo comprender que podemos usar la risa para resistir a los opresores de hoy. Y, a pesar de que la referencia a Pocaterra puede ser muy pesimista, Venecadencia viene a dejar una fotografía de estos últimos tres años. Dentro de diez o veinte

años, cuando alguien escuche el disco, volveremos a lo que sentíamos y pensábamos en ese momento. Nos volveremos a preguntar qué pasó. Son las memorias de nuestra Venezuela en decadencia.

–En algunos sentidos, el contexto que inspiró *Venecadencia* ha cambiado. ¿Qué ha cambiado en el país en 2022?

Comencé este año haciendo canciones de “Morat” y sobre problemas de convivencia que tengo con mi novia. Me dediqué a darle humor a mi cotidianidad. Decidí tratar de vivir sin amargarme la vida. Pero, eventualmente la política llega a tu vida privada. Y esto ya nos pasó. Durante años, la gente trató de vivir su vida sin pararle a Chávez, pero Chávez llegó a ellos. Nos tocó la puerta y nos escoñetó la casa con una tanqueta. Si hacemos un poquito de memoria, nos queda claro que no podremos escapar por siempre de esta situación. Pero sí es verdad que estoy cansado. Por eso, pienso que 2022 es el año del cansancio, del silencio y de hacernos la vista gorda. Pero no sé si esta posición frente a la realidad se puede sostener en el tiempo. Porque, como te digo, tarde o temprano la política toca a tu puerta, irrumpe y te invade.

–¿A qué “realidad difícil” te refieres cuando hablas de 2022?

Creo que es difícil porque es el año en el que decidimos hacernos los bobos frente a lo que pasa en el país. Por ejemplo, este año abro mis shows con este chiste: “Hay muchos negocios raros en Caracas y me invitaron a hacer un show en un lugar que no me generaba confianza. Era una cafetería rosada, pomposa, rara... entonces, le dije a mi productora que les cobráramos el doble para que no nos contrataran. Pero, aceptaron. Nos volvimos a negar... ¿Quién paga esa cantidad de dinero por un show? Y nos ofrecieron el triple. Y mira... el show estuvo buenísimo. El sr. Tarek es muy amable y simpático”. Creo que ese chiste resume bastante

bien el momento que estamos viviendo. Es una referencia a lo difícil que es identificar qué es lo que está bien y qué es lo que está mal. Ese es nuestro país en 2022. Este año nuestro conflicto es moral.

–Y ¿cuál es la reacción de la gente cuando echas ese chiste?

Se ríen... se ríen duro. Porque la gente entiende. La gente entiende esa tensión. Todo el mundo ha pasado por algo así. Estoy seguro que todos hemos pasado por ese dilema moral.

–¿Cuál crees que es el rol de la cultura frente a ese desafío moral que describes?

Hay un ámbito de conciencia personal. Por ejemplo, cuando a mí me llama un cliente nuevo me dedico a averiguar quién es, qué hace... busco referencias y me informo. No solo por el tema moral, si no por seguridad. Pero, la realidad es que muchas veces uno no sabe quién es quién y... ¿qué puede hacer uno? Como sociedad, ¿qué podemos hacer? ¿A cuál termómetro moral podemos acudir en estos momentos? ¿Hay enchufados malos y enchufados buenos? ¿Cómo enfrentar este contexto tan gris y complejo? Porque la realidad es que, para quienes vivimos en Venezuela, no hay manera de escapar a esta complejidad. Por eso creo que el desafío, antes de ser social, es personal. Tenemos que debatirnos internamente sobre lo que está bien y sobre lo que está mal.

–La economía impulsa modos de vida y los modos de vida generan cultura: ¿Qué tipo de cultura crees que está creando esta economía marcada por lo ilícito y lo irregular?

A mí me da miedo que emerja una cultura acomodaticia y conformista. Me preocupa que nos silencie un bozal de dólares. Que nos callemos porque todos sabemos que todos –queriéndolo o no– estamos llenos de barro y formamos parte de un sistema que nos arrastra. Creo que cuando esto termine no habrá nadie pulcro ni impoluto. Porque la realidad es que cuando el dinero de la corrupción se lava, puede llegar a ser la limosna que recibe un cura en misa.

–Volviendo a *Venecadencia*: ¿Has notado que la reacción del público frente a las canciones que incluye este álbum ha cambiado con el tiempo? ¿Has notado alguna diferencia?

Hay de todo. Por ejemplo, recientemente me pasó que canté “Testaferro de tu amor” y, al terminar el show, un muchacho me dijo lleno de orgullo: “Esa canción me encanta porque es mi historia”. Y yo pensé: “Creo que no estás entendiendo el propósito de la canción...”. Esa canción hace alusión a un cantante de merenguetón relacionado con la dictadura. Nunca pensé que eso podía ser motivo de orgullo para nadie. Pero, es un signo de los tiempos que estamos viviendo. También he visto que las canciones políticas le fastidian a la gente.

–¿Por qué crees que ocurre eso?

Creo que el problema de 2022 es el que chavismo ganó. A pesar de que no está estable, de que no está en su mejor momento... hay la percepción de que el chavismo nos derrotó. Y no me refiero a lo

electoral. Me refiero a lo moral. Nos derrotaron en lo moral. Nos cansamos de seguir batallando moralmente en contra de ellos. Y no nos cansamos porque somos cómodos o flojos. Nos cansamos porque lo hemos dado todo y nos superaron. Entonces, decidimos resistir en nuestro espacio más íntimo y echar para delante de la mejor manera posible.

–En *Venecadencia* hay una canción que se llama "Antes del abismo" y describe lo que era el país antes de la destrucción que hemos vivido. ¿Aprendimos a vivir en el abismo?

Sí, aprendimos a vivir en el abismo. Y en el abismo hay maticas que crecen, luces que se cuelan... en el abismo pasan cosas buenas.

–Por cierto, esa canción refiere al chavismo, ¿cierto?

(Risas) Esa es tu opinión...

–¿No refiere al chavismo?

(Risas) Sí, refiere al chavismo. De hecho, se llamaba "Antes del chavismo". Pero me autocensuré y le cambié el nombre a "Antes del abismo". Esa canción narra el antes, el durante y el después de abismo. Es una canción esperanzadora.

–Hablando de autocensura, ¿has sentido ese peso al momento de componer o presentarte?

Si. Eso siempre está presente. Es una constante. Una vez, por ejemplo, después de un show se me acercó un familiar de un chavista de alto nivel y se me presentó. No me dijo nada con respecto a las canciones, solo me dijo: "Soy familiar de esta persona". Fue

raro. Yo me preguntaba: ¿Para qué se me acerca? ¿Para qué me dice que es familiar de esta persona?

—¿Qué le dijiste?

(Risas) Bueno... intenté caerle a labia. Quería decirle: “Todo lo que dije fue mentira, el amor todo lo perdona... tenemos diferencias... las críticas son buenas para el gobierno”. Evidentemente no lo hice. La saludé y ya. Pero fue un acto de intimidación. Es un aviso de que ellos están en control. Tienen el poder. Entonces... qué hago yo con eso ¿Me callo? ¿Dejo de ponerme en riesgo innecesariamente? ¿Eso me hace sentir mejor? No quiero. Ciertamente, puedo temer por lo que yo diga y actuar con prudencia. Pero caer en la autocensura es muy duro. A mí no me gustaría callarme. No me gustaría ser un bufón.

—*Venecadencia* habla de una decadencia que es material: cortes eléctricos, pobreza, migración y violencia, entre otros. Si habría que hacer una *Venecadencia 2022*, ¿Cómo sería?

Me correspondería hablar de una decadencia que es moral, que es la peor de todas. Seguimos en decadencia. Y esta decadencia debe interpelarnos y espero que lo hagamos. Espero que no caigamos en un letargo y nos preguntemos cosas sobre lo que hacemos y sobre lo que podemos hacer. Por ejemplo, ¿hasta dónde llego yo? ¿Qué soy capaz de hacer?

—¿Cómo crees que este momento va a afectar nuestra historia y nuestra cultura como venezolanos? ¿Cómo será después del abismo?

No sé cómo nos va a afectar. Pero sé que para mitigar los efectos de esta decadencia, es importante pensar más allá de nuestros

intereses personales... debemos volver al bien común. Debemos pensar cómo afectan nuestras acciones a los demás y al país. Eso va a ser importante para que salgamos adelante. Si realmente queremos democracia, tenemos que pensar más allá de nosotros mismos.

—¿Qué rol tiene la cultura en ese trabajo de reconstrucción moral?

La cultura tiene el deber de plantear preguntas que interpelen a la sociedad. Por ejemplo, la comedia tiene el poder de exponer el ridículo y si alguien se ve reflejado en ese espejo, debe pensar un poquito sobre lo que está haciendo. Porque es muy fácil sentirse atacado u ofendido cuando esto pasa... pero, es muy difícil hurgar y descubrir por qué ocurrió. La cultura debe ir a eso... a interpelar a la sociedad. Es lo que decía José Ignacio Cabrujas: "El trabajo de un escritor es pellizcarle el culo a la sociedad". Una pregunta dura es un pellizco... ese es nuestro trabajo.

—¿Qué le dirías a los políticos venezolanos de la oposición?

Sean honestos. Me parece que le tienen miedo a la verdad... tienen miedo de decirle a la gente la verdad. Tienen miedo de decirnos que probablemente no saldremos de esto en 2024... que no habrá revocatorio, que no habrá elecciones libres. Le tienen miedo a la verdad y a la gente. Por eso, creo que los políticos jóvenes deben romper con esa forma de hacer política que no considera que la gente es pensante.

Tienen miedo porque creen que hablar con la verdad hará que perdamos la esperanza. Entiendo que es difícil hacerle oposición a una dictadura. Los he visto luchar. Pero creo que es un error engañar a la gente... la gente no es pendeja.

–Y ¿cuál crees que es la pregunta más dura que tenemos que hacernos ahorita?

¿Estamos dispuestos a aceptar que el chavismo nos derrotó moralmente? ¿Estamos dispuestos a aceptar que las cosas no cambien? ¿Estamos dispuestos a vivir sin democracia? ¿Estamos dispuestos a convertirnos en otra Cuba?

Siento que después de 23 años de chavismo en el poder y de decadencia, nos tenemos que preguntar realmente ¿Cómo salimos de esto? ¿Cómo de verdad salimos de esto sin caernos a mentiras, sin falsas ideas, sin falsos argumentos? ¿Cómo salimos de esto sin engañarnos a nosotros mismos?

Como sociedad tenemos que interpelarnos, pero no tenemos que ser tan duros con nosotros mismos. Hemos hecho lo que hemos podido y no hemos logrado avanzar de la manera deseada. Pero no ha sido por falta de esfuerzo. Nadie nos enseñó a luchar en contra de algo así. No ganamos nada maltratándonos ni frivolidándonos. Es una tensión entre la condena y la indulgencia. No somos los *Avengers*...

Autores

Grisel Guerra de Avellaneda

Doctora en Filología Hispánica y Teoría Literaria por la Universidad de Navarra. Cursó estudios de la maestría en Literatura Latinoamericana en la Universidad Simón Bolívar. Es Licenciada en Comunicación Social, Cum Laude, mención periodismo impreso, por la Universidad Católica Andrés Bello.

Es Socia-Directora de *Inteligencia Digital*, consultora de comunicaciones especializada en Comunicación Digital. Ha sido profesora de Redacción y Estilo y de Literatura Iberoamericana en la Facultad de Ciencias de la Comunicación e Información de la Universidad Monteávila. Además, ha dictado el curso de Literatura I, II y III en la Universidad Simón Bolívar y el Seminario de Espacios Narrativos en el Doctorado en Literatura de esa Universidad. Es, además, esposa y mamá de tres niñas.

Paola Bautista de Alemán

Paola Bautista de Alemán es una política e intelectual venezolana. Se graduó de periodista en la Universidad Católica Andrés Bello, seguidamente cursó estudios de maestría en Ciencia Política en la Universidad Simón Bolívar y en 2019 obtuvo el título de Doctor Rerum Politicarum (Cum Laude) en la Universidad de Rostock (Alemania). Es Presidente del Instituto FORMA, miembro de la Junta de Dirección Nacional de Primero Justicia y preside la Fundación Juan Germán Roscio. Autora de *A callar que llegó la revolución*, editora del libro *Autocracias del s.XXI: caso Venezuela*, directora de la revista *Democratización* y columnista de *Diálogo Político*. Esposa y madre de tres niños.

Rafael Osío Cabrices

Periodista venezolano radicado en Montreal, Canadá. Editor jefe de *Cinco8* y *Caracas Chronicles*.

Ana Teresa Torres

Ana Teresa Torres (Caracas, 1945) es autora de las novelas *El exilio del tiempo* (1990); *Doña Inés contra el olvido* (1992), premio Pegasus 1998; *Vagas desapariciones* (1995); *Malena de cinco mundos* (1997); *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin* (1999); *La favorita del Señor* (2001), finalista en el concurso La Sonrisa Vertical 1993 (Tusquets); *El corazón del otro* (2004); *Nocturama* (2006); *La fascinación de la víctima* (2008); *La escribana del viento* (2013), premio de la crítica (2014); y *Diorama* (2021). Entre sus ensayos destacan *Historias del continente oscuro. Ensayos sobre la condición femenina* (2007); *La herencia de la tribu. Del mito de la Independencia a la Revolución Bolivariana* (2009), mención especial del jurado del premio de ensayo Debate-Casa de América; *Diario en ruinas (1998-2017)* (2018); y el relato de viajes con Yolanda Pantin, *Viaje al poscomunismo* (2020). Entre los reconocimientos destaca el premio Anna Seghers (Berlín, 2001) por su obra general. Es Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua y Doctora Honoris Causa en Literatura por la Universidad Católica Cecilio Acosta (Venezuela).

Héctor Torres

Narrador y editor. Autor de varios títulos de narrativa. Codirector de *La Vida de Nos* (www.grupolavidadenos.com) y cofundador de ficcionbreve, sitio pionero en la difusión de narrativa venezolana en formato digital. También fue coorganizador de la Semana de la Narrativa Urbana,

para el PEN Venezuela. Coordinador externo del Premio de Cuento Policlínica Metropolitana para Jóvenes Autores (hoy Premio de Cuento Julio Garmendia para Jóvenes Autores).

Índice

Miguel Otero Silva: Escribir y leer desde y sobre una dictadura <i>Grisel Guerra de Avellaneda</i>	2
La hora de la representación real <i>Paola Bautista de Alemán</i>	29
Lleva tu pedacito de ágora <i>Rafael Osío Cabrices</i>	39
La cultura como marca fundamental de lo humano <i>Ana Teresa Torres</i>	53
Contar la vasta dimensión de nuestra tragedia <i>Héctor Torres</i>	62
Ricardo del Búfalo: “La cultura debe interpelar a la sociedad” <i>Paola Bautista de Alemán</i>	73
Autores	82